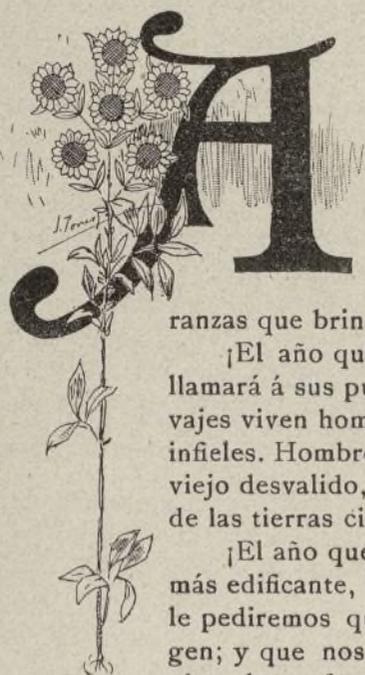


UN AÑO MÁS



ÑO que nace! ¡qué de encantos tiene el empezar de cuanto brinda esperanzas!

Cada vez que celebramos la Circuncisión del Señor, cuando de rodillas cabe el Sagrario, en uno de nuestros hermosos templos, recordamos después de la fiesta solemne que acabamos de presenciar, la fiesta humilde, pobre, con que el Misionero celebrará en su capillita el nacer del año, sentimos en el corazón vencida la tristeza de los recuerdos por las espe-

ranzas que brinda el año que nace.

¡El año que nace! en su decurso nuestra voz humilde llegará hasta hogares nuevos, y llamará á sus puertas, y á los hombres de buena voluntad les contará que en tierras salvajes viven hombres santos que, á pesar de su pobreza, ganan para Dios almas hasta hoy infieles. Hombres santos, los Misioneros católicos, que recogen al niño abandonado, al viejo desvalido, al leproso de que todos huyen... hombres santos, que piden á los católicos de las tierras civilizadas, el apoyo de sus oraciones, de sus limosnas, de su amistad.

¡El año que nace! en su decurso le pediremos al Misionero católico que nos cuente lo más edificante, lo más hermoso de cuanto ocurra en el país por cuya redención trabaja; le pediremos que nos cuente sus luchas, sus contrariedades, las desgracias que le afligen; y que nos cuente también sus triunfos, las cristiandades que funda, las escuelas que abre, los orfanotrofios, hospitales, asilos, leproserías que organiza, los templos que le-

vanta al Señor eterno de cielos y tierra.

¡El año que nace! tú, amigo del Misionero católico, cooperador entusiasta de sus obras, protector constante de este Boletín, órgano oficial en España de la magna Obra de la Propagación de la Fe, tú durante este año que empezamos seguirás, como ayer y como siempre, ayudándonos en esta que es la obra por excelencia de propaganda católica, y entre tus amigos, entre los buenos de tu pueblo ó ciudad, buscarás corazones de fe viva que, sintiendo de veras amor al prójimo, comprendan la grandeza del fin por el cual trabajamos.

Euntes docete omnes gentes!... omnes gentes, á todas las gentes... ¡y hoy, al cabo de veinte siglos, aún gimen en la infidelidad MIL CINCUENTA Y TRES MILLONES DE ALMAS!

¡Improba es la labor y muy pocos los operarios... No importa, Dios está con nosotros: año nuevo, vida nueva; más fe, más abnegación, más caridad, más entusiasmo... Que LAS MISIONES CATÓLICAS entren en nuevas casas religiosas, en nuevos colegios y hogares, y que á todos recuerden que DEBEMOS SER APÓSTOLES.

Debemos ser apóstoles, y si carecemos de fuerza y abnegación para irnos á tierra infiel, á lo menos seamos amigos y auxiliares del Misionero, impongámonos el deber de aprovisionar, en la medida de nuestras fuerzas, al ejército activo que, de Norte á Sud, lucha incansable sin más armas que la Cruz.

Trabajemos hoy más que ayer, y mañana más que hoy, siempre á mayor gloria de Dios.

LA REDACCIÓN.

CARTAS DE MISIONEROS

INDIA PORTUGUESA

Centenario de la conquista de Goa.—Exposición del cuerpo de San Francisco Javier

Es de las que no necesita recomendación la siguiente carta. Su autor, el sabio carmelita Fr. Bruno de San José, nuestro benemérito colaborador, es ya bien conocido de nuestros lectores, y la actualidad de los asuntos que transmite nos relevan del deber de ponderar su interés. Permítasenos sólo una súplica: el buen P. Fr. Bruno de San José en la carta que acompaña á la que publicamos, nos pide limosnas para sus obras: á nuestros lectores transmitimos la súplica: no desoigan la petición del excelente Misionero Carmelita.

5 Diciembre 1910.

ACTIVAMENTE se venía preparando la India Portuguesa para conmemorar, con las debidas solemnidades cívico-religiosas, el cuarto centenario de la conquista de Goa, baluarte, en aquel entonces, de las huestes musulmanas en la costa malabárica. Exito brillante y colosal se auguraba para ellas. El Gobierno portugués había prometido generosa subvención pecuniaria para las fiestas; se había publicado que la exposición del cuerpo de San Francisco Javier y un Congreso Eucarístico realzarían el acontecimiento. Masas inmensas de pueblo, ávido de ver y admirar con sus mismos ojos el cuerpo bendito del Santo que trajo la fe á estas playas, hubiera afluído de todas partes de la India. Veinticinco Prelados, Obispos y Arzobispos, habíanse comprometido ya á tomar parte activa en el Congreso Eucarístico, cuyo programa había sido publicado por el digno Director General de la Liga Eucarística y comprofesor en este Seminario de Puttampaly, M. R. P. Gaspar de los Reyes, carmelita descalzo. El entusiasmo era general. La India iba á seguir el ejemplo de los grandes países católicos en la celebración de Congresos ó Asambleas religiosas. Todos, en una palabra, soñábamos con Goa.

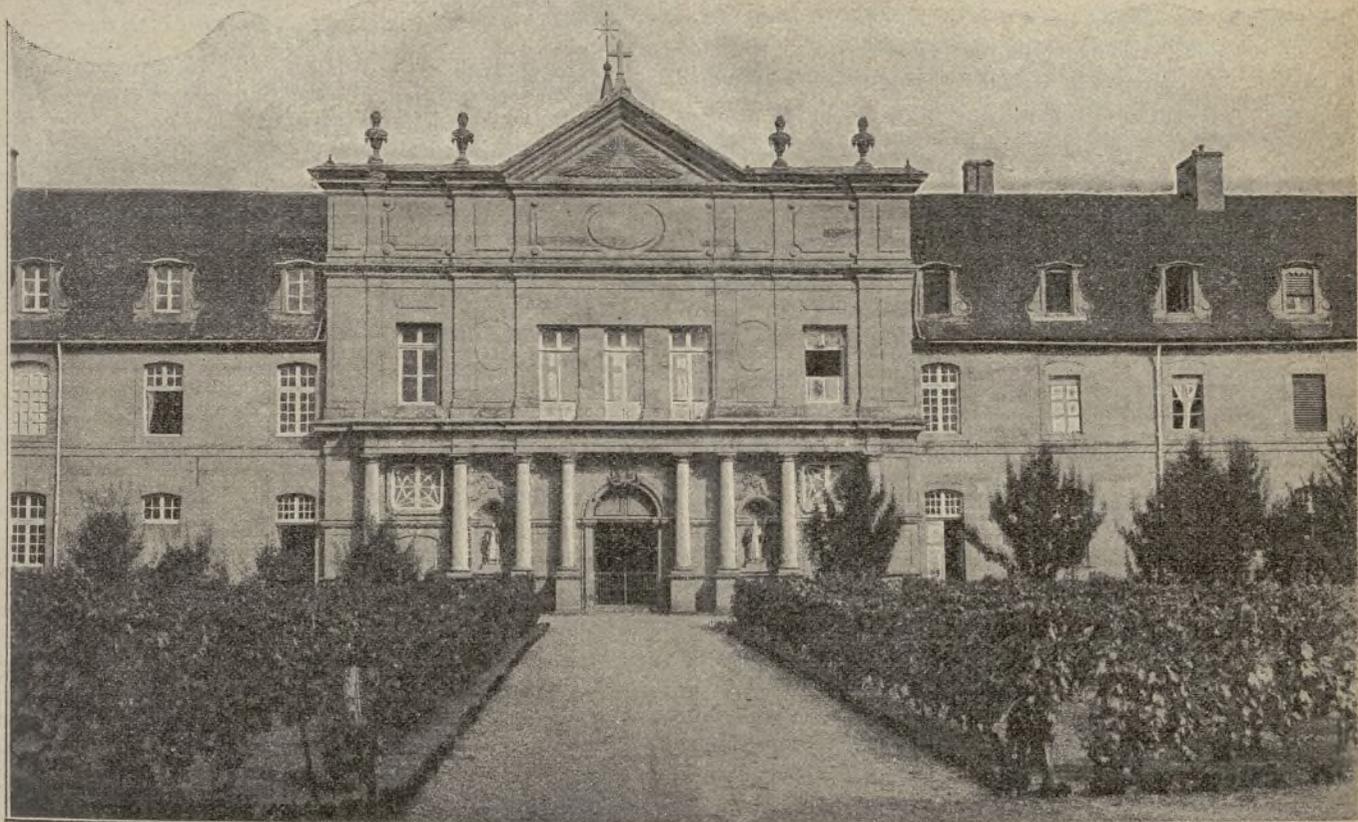
La voz triste de los acontecimientos de Portugal nos sacó de nuestro letargo, desvaneciendo nuestros dorados ensueños. El telégrafo nos comunicó, de orden del Patriarca de Goa, que vistos los atentados revolucionarios que se habían desarrollado en la madre patria, se suspendía la celebración del Congreso Eucarístico. Estas lúgubres noticias esparcieron el desaliento en las masas católicas y disiparon el entusiasmo. Y si á esto añadimos el carácter indiferente y antirreligioso de la primera autoridad colocada en Goa por el Gobierno republicano de Portugal, comprenderán nuestros lectores la apatía de la India para tomar parte en las fiestas anunciadas.

Estos dos acontecimientos, la conquista de Goa y la proclamación de la República, tienen para Portugal significación diametralmente opuesta. El primero significó el comienzo de una era de prosperidad material, de dignificación política; se creaba un imperio portugués: el segundo significa, á nuestro juicio, el comienzo de una nueva era de tumbos y descalabros políticos, de aniquilamiento social, de masonismo imperante, de ruina material y económica: se crea una República masónica. En la primera, las galeras portuguesas conducían á sus colonias, en estrecho enlace, la cruz regenerado-

ra y la antorcha de la civilización; el abnegado misionero, San Francisco Javier, y el emprendedor comerciante, emulando abrir nuevas fuentes de prosperidad para la patria que lo serían, á la par, de beneficio y utilidad para los pueblos conquistados. En la segunda, ¿qué exportará Portugal á sus colonias? La primera muestra no es muy halagüeña que digamos, un Gobernador que alardea de indiferente, que interrogado por su fe y religión, responde que no tiene ninguna, que se llama á boca llena librepensador, «dam Freethinker,» fué la contestación dada por el nuevo Gobernador de Goa al corresponsal del *Times of India*.

Aunque no con la pompa y magnificencia que hubiera sido de desear, Goa está celebrando el cuarto centenario de su conquista por los portugueses, realizado por la exposición del cuerpo de San Francisco. Corría el año de 1498 cuando el célebre navegante Vasco de Gama, doblando por primera vez el Cabo de Buena Esperanza, puso su pie en las playas malabáricas, desembarcando en la antigua é histórica ciudad de Calient. Aprovechando internas discordias existentes entre los príncipes nativos, y gracias á su prudente táctica, consiguió algunas tierras y posesiones de la costa. En 1499 regresó á su país natal, donde fué recibido con los honores debidos á su intrepidez y méritos, y el Rey le colmó de títulos de nobleza. En 1504, Francisco d'Almeida fué designado virrey de estos dominios, siendo él el primer condecorado con este título. Sus deseos de crear un gran imperio portugués en la India, con Goa por capital, fueron llevados á feliz cima por su sucesor Alfonso d'Albuquerque. En Febrero de 1510 dirigió su flota, que constaba de veinte galeras de vela y 1,200 combatientes, hacia Goa. La ciudad, no preparada para la resistencia, se entregó en manos de Albuquerque, quien celebró su triunfante entrada el 17 del mismo mes con grande pompa. Montado en un caballo ricamente adornado, y después de recibir las llaves de manos de los jefes, el conquistador se dirigió al palacio de Adil Shah acompañado de gran número de hijodalgos, capitanes con estandartes, sacerdotes llevando cruces doradas, y multitud de pueblo que arrojaba flores sobre el vencedor á medida que él avanzaba.

Adil Shah, empero, no perdió tiempo en prepararse para reconquistar la ciudad; tres meses más tarde la sitió con la abrumante fuerza de 6,000 hombres. Tras prolongada resistencia, Albuquerque vióse obligado á abandonar á Goa y á refugiarse en sus galeras. Entonces comenzó el monzón, obligando al general á retirarse é impidiéndole nuevos ataques. Al fin de las lluvias torrenciales, Albuquerque emprendió de nuevo la reconquista, con una armada fuerte de 28 galeras y 1,700 hombres armados, y con el ofrecimiento de tropas de refresco en caso de necesidad, hecho por un vecino monarca hindu. En 24 de Noviembre la flota portuguesa penetró de nuevo en el puerto de Goa con las banderas desplegadas, y haciendo resonar en los aires los sonidos de sus trompetas.



FRANCIA.—PUERTA PRINCIPAL DE LA TRAPA DE SEPT-FOUS.—Reproducción directa de fotografía. (Pág. 14).

Rusalkhan, comandante de las tropas musulmanas, contaba con escaso número de combatientes. El primer ataque de Albuquerque fué dirigido contra el arsenal, donde encontró decidida resistencia, mas después de reñida batalla los portugueses escalaron los muros, colocaron las banderas en los parapetos y forzaron la entrada á la ciudad. En el interior de la ciudad los musulmanes hicieron el último desesperado esfuerzo, mas la victoria les fué adversa, dejando tendidos en las calles más de 2,000, los demás huyeron, perdiendo no pocos su vida en la retirada. Albuquerque dió órdenes de posesionarse de la ciudad, entrar á cuchillo con los recalcitrantes mahometanos, y saquear el palacio de su rey. De tan trágico modo y después de esfuerzos considerables y pérdidas de dinero y vidas, los portugueses reconquistaron Goa, que fué desde entonces la capital de los dominios lusitanos en la India. De su embellecimiento aún quedan testigos elocuentes, y sus iglesias y conventos, algunos en ruinas, lo son de la fe y piedad del pueblo y de la metrópoli.

Otro fausto acontecimiento que en estos días saca al pueblo inactivo de Goa de su oriental apatía, es la exposición del cuerpo de San Francisco Javier. Veinte años hace que el bendito Apóstol de la India fué expuesto á las miradas de los pueblos que acudieron á besar sus reliquias con la ansiedad y reverencia con que sus abuelos salían de sus cuevas y moradas silvestres á escuchar sus divinas palabras y evangélicos consejos. Este año la exposición durará desde el 26 de Noviembre hasta el 28 de Diciembre, y miles de peregrinos repetirán la escena de hace veinte años.

Juan III, el príncipe más afortunado de su siglo, como le llama Cretineau-Joly en su *Histoire de la Compagnie du Jesus* (t. I, c. iv), encargó á su embajador ante la Santa Sede, D. Pedro de Mascareñas, obtener del Romano Pontífice seis de esos hombres apostólicos, cuyo nombre era popular ya en toda Europa. Las Indias Orientales se habían abierto ante las armas portuguesas, y Juan III, para hacer participante al cielo de su conquista, anhelaba introducir allí el Evangelio. Deseando, pues, enviar á las nuevas tierras hombres animados del espíritu de Dios, después de arreglos con Paulo III y San Ignacio, se eligió para este efecto á San Francisco, cuyo prodigioso don de conversiones era ya prácticamente conocido en la corte de Portugal. El 6 de Mayo de 1542 el Santo arribó, después de peligrosa travesía, á Goa. En esta ciudad trabajó por volver al buen camino á muchos que extraviados por la molición y riquezas del Oriente, llevaban vida relajada y disoluta. El Santo continuó sus tareas evangélicas por toda la costa hasta el Cabo Comorín, y, saliendo de la India, hizo lo mismo en Malacca, Java y Japón. El éxito de sus trabajos fué colosal, calculándose en un millón y cien mil el número de sus conversiones.

No es de este lugar la ponderación de los trabajos sin número, de las privaciones sin cuento que el bendito Santo tendría que sufrir. Si hoy con todos los adelantos y facilidades de viaje, el misionero se ve expuesto á mil sinsabores y disgustos; ¿qué no sería en aquellos tiempos, desprovistos de todas estas comodidades?

San Francisco murió en Malacca, en 1552, después de diez años de labor misionaria y evangelizadora en el Este. Su cuerpo fué conducido á Goa en 16 de Marzo

de 1554, y allí fué examinado por el célebre médico Cosme Saraiva, y fué encontrado perfectamente conservado y sin vestigio alguno de embalsamamiento y medio alguno natural empleado al efecto. En el año 1612 el General Claudio Aquaviva ordenó se condujese á Roma una reliquia insigne del Santo, el brazo derecho, con el cual él había operado tantas maravillas. También en esta ocasión el cuerpo fué encontrado en el mismo estado natural, su carne blanda y flexible como lo está la de un hombre vivo; y cuando se amputó el brazo, brotó de la herida una gran cantidad de sangre roja y pura. En ella se empapó un lienzo que fué remitido á su majestad Felipe IV, rey de España. Primeramente el cuerpo estuvo colocado en la iglesia de San Pablo; mas cuando los Padres de la Compañía tuvieron noticia de la canonización del Santo, celebraron las fiestas trasladándole á la iglesia del Bom Jesus, siendo depositado en la capilla de San Francisco de Borja, y finalmente en la dedicada al Santo, en donde hoy se venera. Parece que hasta el año 1782 el santo cuerpo se exponía á la veneración de los fieles anualmente, pero desde esta fecha, debido sin duda á que el devoto pueblo anhelando obtener alguna reliquia, causaba alguna injuria al cuerpo, la exposición solamente se ha verificado en los años siguientes: 1859, 1878, 1890, la del 1900 fué, por así decirlo, local para el pueblo de Goa, y finalmente la que este año se está celebrando.

La capilla en donde reposa el cuerpo del Santo es una parte considerable del edificio. En su centro se eleva una pirámide de diversos mármoles, y en su parte superior, y como sirviendo de corona, hay un cofre de madera negra, sobre el cual están esculpidas las acciones principales del Apóstol; su cuerpo íntegro, excepto su brazo derecho y dos dedos del pie derecho, revestido de ornamentos pontificales, se conservan encerrados en la caja. Dícese que las piadosas reinas de Portugal acostumbraban á bordar con sus propias manos la casulla con que está revestido el Santo. Cuando se expone el cuerpo se cambia la casulla, enviando la vieja á la corte portuguesa.

Antes de terminar este breve bosquejo, volvamos los ojos al Santo bendito, implorando su protección sobre la patria que le envió á estas regiones. ¡Cuán distintos móviles animaban á los piadosos reyes que regían en aquellos venturosos días los destinos de Portugal, de los que agitan á los modernos revolucionarios! Aquéllos, los ojos fijos en el cielo que les dió nuevos reinos que gobernar, atendían á hacer participante al cielo, en señal de agradecimiento, de sus victorias y de sus conquistas; y al efecto acompañaban sus guerreros y soldados con abnegados misioneros, para que aquéllos subyugasen nuevas gentes á su rey, y éstos las subyugasen á Jesús, Rey de reyes. Los modernos, empero, franquearán las puertas de sus colonias, violando leyes sacratísimas y emulando libertad y desenfreno, á todos los predicadores del error y la mentira. Bien pronto veremos las posesiones portuguesas pobladas de protestantes y masones, descatozando al pueblo y privándole de la sana doctrina con que San Francisco, á costa de mil trabajos, imbuyó su corazón.

Que el Santo bendito proteja á Portugal, que le ayudó en sus tareas misionarias, y salve á España, que le dió el ser, del abismo en que su hermana yace.

TIERRA SANTA

Excavaciones sobre el Ofel.—El príncipe Jorge de Sajonia en Palestina

Por el excepcional interés de la carta y de las notas, copiamos íntegra de la *Revista Montserratina*, la siguiente carta escrita por Abd-el Massih al R. P. Buenaventura Ubach, O. S. B., y fechada en Jerusalén el 10 de Diciembre de 1910.

QUERÍA empezar hoy la presente dándole á V. R. noticias de las excavaciones que se están llevando á cabo en la colina del Ofel, empero tengo el disgusto de verme obligado á decirle que no puedo servir á V. R. en materia que tanto le interesa (1). A los pocos días de su llegada de la excursión al Sinaí, después de haberse despedido de nosotros y cuando se preparaba para dar su último *ma'k salame* (2) á todo el Oriente, los ingleses emprendieron de nuevo las excavaciones sobre el Ofel, no cesando desde entonces de trabajar día y noche con una actividad asombrosa y jamás vista en estos países, de modo que en Jerusalén no se habla ahora de otra cosa, y es este el asunto de más actualidad.

Dicen que se han hecho descubrimientos importantísimos. ¿Cuáles? Hoy no puedo aún decírselo; sólo sé que á pesar de realizarse los trabajos con el más estricto secreto, para honra de los Padres Dominicos que tan sabiamente redactan la «Revue Biblique» y que con tanto acierto dirigen la Escuela Bíblica de esta ciudad, dos Padres de la Comunidad han sido admitidos allí á tomar parte activa, de modo que el P. Hugo Vincent está levantando unos planos maravillosos y el P. Savignac no cesa de tomar fotografía tras fotografía; todo, por supuesto, con el más riguroso sigilo del secreto. Tengamos un poco de paciencia, porque el año que viene estos mismos ingleses, que tan reservados se muestran, como no pretenden en esto otra cosa que el no ser estorbados, abrirán con toda liberalidad las puertas de esos subterráneos venerandos, colocarán escaleras y lámparas, y podrán así los trabajos ser examinados libremente por cualquier aficionado. A ver, pues, si el año que viene le tenemos otra vez por aquí. No dudo que el asunto valdría la pena de un nuevo viaje.

Acompañado de su esposa, la princesa Matilde, y de toda la familia, llegó aquí á Jerusalén, hacia fines de Octubre pasado, S. A. el príncipe Jorge, hermano del rey de Sajonia, permaneciendo entre nosotros unos quince días, y siendo agasajado por las autoridades y corporaciones de la ciudad, conforme á la dignidad de un príncipe de Alemania. Ciertamente, no es raro ni desacostumbrado, como V. R. sabe, que un miembro de alguna de las familias reales de Europa visite los Santos Lugares; lo es, empero, cuando como el referido príncipe

(1) Ciertamente muy interesante, no sólo para mí, sino mucho más aún para todo palestinólogo y exégeta, pues una de las cuestiones hoy más debatidas entre los sabios, en punto á topografía bíblica, es la de averiguar si la célebre ciudad de los Jebuseos, ó sea el Monte Sión, de que tanto se habla en el Antiguo Testamento, debe identificarse con el Monte Sión del Nuevo Testamento, que nadie duda corresponde á la colina del SO. de la actual Jerusalén, ó si debe con más razón buscarse en la colina del Ofel al S. de la explanada del templo ó de la actual mezquita de Omar.

(2) Fórmula de despido.

se sienten bríos y humor para extender el radio de las excursiones hasta países como Hebron, y no sólo esto, sino que provisto de un permiso otorgado directamente por S. M. el Sultán Mahometa V, obtuvo el rarísimo privilegio de entrar y visitar el *Haram el Jalil*, sagrado recinto que encierra aquella veneranda cueva doble que el Patriarca Abraham compró á los hijos de Jeth, y en la que están sepultados él y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob y Lia, como narra el libro del Génesis, y cuyo acceso está rigurosamente prohibido á cuantos no profesen el Islamismo, como V. R. recordará perfectamente por lo que le pasó cuando su visita allá, según nos había contado V. R. alguna vez (1). La guerra de Crimea, que pudo alcanzar que, mediante una retribución, se abrieran las puertas del *Haram esch-Scherif*, de Jerusalén, cuya entrada estaba antes prohibida bajo pena de muerte, no pudo de ninguna manera abrir las del *Haram el Jalil* ó de Hebrón.

Por supuesto, la visita del príncipe Jorge se limitó solamente al interior del recinto, ó sea el patio, y á la mezquita, sin penetrar en la doble cueva de *Makfela*, lo cual ya no fué concedido ni al Rey Eduardo de Inglaterra, cuando siendo aún príncipe de Gales visitó la ciudad en 1862, ni al marqués de Bute en 1866, ni á los príncipes Víctor y Jorge de Gales, en 1881. Más aún, parece que el entredicho á la cueva alcanza también á los mismos musulmanes, como se deduce de no hallarse de ella ninguna descripción exacta y detallada por los musulmanes que han escrito sobre Hebrón y su famosa mezquita, ni siquiera el célebre Badía, catalán como V. R., por otro nombre Ali-Bey, en la descripción que de tan importante monumento hace en sus *travels* (t. II, p. 332-333), cuando á principios del siglo pasado, en 1807, lo visitó.

(1) El Sr. Abd-el-Masih hace referencia á lo que me pasó en aquella ciudad en una de mis excursiones viniendo del desierto de Engaddi y cuando estaba á punto de partir para Bersabée. Era la tarde del día 22 de Abril de 1900. Estaba examinando y admirando aquella bellísima construcción antigua, algunos de cuyos bloques pasan de 7 metros de longitud por 1'10 de altura, cuando en un ímpetu de curiosidad y burlando la vigilancia de los musulmanes escapé hacia arriba por la escalera meridional del edificio, ávido de poder un día gloriarme de haber visto el interior de la célebre mezquita. Pensaba haber casi obtenido lo que pretendía, cuando de la puerta de arriba veo salir dos árabes que corriendo se echan sobre mí, y tomándome del brazo me obligan á bajar más aprisa aun de lo que había subido. *Hádam haram*, «¿no sabes que está prohibido?» me dicen. ¿Cómo se entiende eso de *prohibido*? les repliqué; ¿acaso no os dejamos entrar nosotros en la Basílica del Santo Sepulcro, que es el santuario que nosotros más veneramos? No pude obtener otra respuesta que la de: *Ruh min haun ya kalb massihi*. «Véte de ahí, perro cristiano.»—(B. U.).

NOTICIAS VARIAS

Rectificación

De periódicos que por su respetabilidad nos merecen siempre entero crédito, copiamos la noticia de que el Ilmo. Padre Cervera, Vicario apostólico de Marruecos, percibía muy exigua asignación del Gobierno español, y que habiendo rogado al Comandante de un crucero español, surto en aguas de Tánger, que le condujese al puerto español, aquél se había negado, haciéndolo gustoso el de un crucero francés. Hasta aquí la noticia copiada. Con mucha satisfacción leemos en

el último número de *El Eco Franciscano*, de Santiago de Galicia, la rectificación de la noticia. «No es verdad, dice este periódico, que la asignación sea tan exigua, sino muy suficiente para el lugar que ocupa el Ilmo. P. Cervera. Por conducto muy autorizado certificados, podemos afirmar que toda esa *historia* es falsa. Lo que hubo fué, que el cañonero español, por razones de servicio, no pudo abandonar las aguas de Tánger; y el Ilmo. P. Cervera hizo su viaje á bordo de un vapor mercante francés, como lo haría cualquiera que tuviese necesidad de viajar.»

Sabe Dios cuanto amamos á nuestra patria y con cuanto sentimiento leemos todo lo que puede rebajar un ápice su proverbial grandeza é hidalguía; pena nos dió lo que la prensa sería decía del Vicario apostólico de Marruecos, y para que se corrigiesen los supuestos defectos nos hicimos eco de ellos en esta sección de *Las Misiones Católicas*. Con alegría, hacemos nuestra la autorizada y completa rectificación de *El Eco Franciscano*.

HEMOS recibido el prospecto de la sexta Peregrinación española á Tierra Santa y Roma, que se verificará en Mayo del presente año; saliendo de Barcelona hacia el 5 de dicho mes en el vapor «Ile de France» Los precios, incluidos los gastos son: 2,000 ptas. en 1.ª, 1,500 en 2.ª y 1,000 en 3.ª. Quien desee más pormenores, podrá pedir el prospecto dirigiéndose al Sr. Presidente de la Junta Organizadora, D. José M.ª Urquijo (Bilbao).

Barcelona

SALIDA de Misioneros.—El 7 del corriente mes embarcaron en nuestro puerto y en el vapor «Alicante» con rumbo á la India inglesa, tres Misioneros Carmelitas Descalzos. Pocos días antes embarcaron otros tres Religiosos de la misma Orden para Chile en el «Satrústegui»

Ha visitado la residencia de los Padres Carmelitas el ilustrísimo P. Emilio Lisson, obispo de Chachapoyas (Perú), pidiendo Misioneros.

Bélgica

GENEROSIDAD regia.—Entre los rasgos de generosidad de rey Alberto I en su ascensión al trono, se cuenta el de haber entregado 25,000 francos al Ministro de las Colonias, para que las abnegadas Religiosas belgas de las Misiones del Congo puedan de vez en cuando volver á su tierra natal, á fin de cobrar nuevas fuerzas para sus labores bajo aquel cielo que agota las constituciones europeas.

Italia

RELIGIÓN y ciencia.—El viernes, 18 de Noviembre tuvo lugar la inauguración de los nuevos locales y aparatos del Observatorio astronómico del Vaticano. Asistían, además de Monseñor Bisleti, Monseñor Caccia, las guardias nobles y una docena de personajes, entre otros el Card. Maffi, arzobispo de Pisa y presidente del Observatorio; el P. Hagen, S. J., director del mismo; el P. Luis, el Comendador Manucci, ingeniero del Vaticano. En su discurso inaugural el Card. Maffi recordó que cien años antes de Galileo, el astrónomo alemán Wilmanstadt demostraba ya la rotación de la tierra y la doctrina helio-céntrica ante el Papa Clemente VII, quien le colmó de honores. El Card. añadió: «Dicen que la cúpula de San Pedro es un apagador. Vedla aquí rodeada de otras cúpulas que como sus hijas son santuarios de la ciencia.»—El Observatorio del Vaticano posee nuevos y excelentes aparatos, especialmente un refractor visual que es el más poderoso de los Observatorios italianos.

Alemania

RECONCILIACIÓN del príncipe Max de Sajonia, Pbro., con la Santa Sede.—Como era de esperar, el príncipe Max de Sajonia, en una audiencia que le concedió el Padre Santo, revocó solemnemente los errores que había admitido en el tan comentado artículo sobre las relaciones existentes entre la Iglesia católica y la griega-ortodoxa, y obtuvo amplio perdón. El Papa se mostró muy cariñoso, y al terminar la audiencia encargó al príncipe saludase en su nombre á su hermano el Rey Federico Augusto de Sajonia. Según *Germania*, órgano del partido del Centro, resulta del todo falsa la noticia propalada por algunos periódicos protestantes, de que el príncipe Max se había echado llorando á los pies del Papa, besándolos é implorando su perdón. El mencionado periódico católico tacha esta versión de falsificación tendenciosa, propagada á fin de excitar á la población protestante del reino de Sajonia contra la Iglesia católica y el Papado. En efecto, en parte de la prensa protestante traslucióse el afán de abultar el incidente con el príncipe Max, á fin de provocar de este modo la ruptura de la casa de los Wettin con la Iglesia católica. Afortunadamente, fracasaron los que tal cosa deseaban. El Rey Federico Augusto consideró el asunto como de interés particular para su hermano, á quien, en calidad de sacerdote católico, incumbía terminarlo.

Bayona (Francia)

DE qué clase de soldados salen los misioneros.—En una carta dirigida por el señor Obispo de Bayona á los seminaristas soldados, se encuentra el siguiente hecho edificante.

«Un seminarista de las Laudes, de guarnición en Bayona, deseaba comulgar á todo trance el día de su Santo, San José. Su regimiento salió muy de mañana á las maniobras, pero al regresar no obtuvo permiso para abandonar el cuartel; se abstuvo, sin embargo, de tomar todo alimento, y siguió cumpliendo con todos los deberes, hasta que á las seis de la tarde se encontró libre. Entonces corrió á la iglesia más cercana, y contando el sucedido, pidió á un sacerdote le diese la Comunión, y de esta suerte pudo aquel seminarista celebrar su Santo en el cuartel. Hoy, cumplido su servicio militar, es misionero y se encuentra evangelizando en China.»

Montserrat Emaus (Bohemia)

ÉXITO periodístico.—Copiamos de la *Revista Montserratina*: Pocas publicaciones podrán citarse que tengan tanto éxito como la Revista mensual que dirigen los Benedictinos de Montserrat-Emaus de Praga, titulada *Bonifatius Blatt*. Fué fundada en 1904 y se publica el primer domingo de cada mes en alemán, polaco, húngaro y eslavo, siendo la tirada ordinaria de *novecientos mil* ejemplares, habiendo llegado algunas veces hasta *un millón*. De carácter apologético, ha contribuído poderosamente á neutralizar la maléfica propaganda de los llamados «Los von Rom,» *independientes de Roma*, que tanto daño han causado en los países germánicos.

Holanda

NUEVA Abadía benedictina y bendición de su Abad.—El día 8 de Diciembre último tuvo lugar en Oosterhout, la solemne bendición abacial del Rdmo. P. D. Juan de Puniet, O. S. B., antiguo Prior conventual de San Pablo de Wisques. Este Monasterio, trasladado de la diócesis de Arras (Francia) á tierra extranjera por causa de la persecución religiosa, fué elevado á la categoría abacial el 11 de Noviembre, y al día siguiente se hizo la elección del Rdmo. P. Abad.

Tánger

OVEJAS al redil.—No hace muchos meses falleció, fortalecido con los últimos Sacramentos, en el Hospital Español, un pobre hombre que dejaba cinco hijos, de 17 años el mayorcillo y de unos cinco el más pequeño. Según franca y sincera confesión del mismo, había sido siempre católico en sus creencias; pero víctima del cobarde *qué dirán* de sus compinches, era tal su abandono de los deberes religiosos, que á ninguno de sus hijos acercara todavía á recibir el santo Bautismo. Dijo, empero, antes de morir, que quería se les admitiese cuanto antes en el número de los fieles seguidores de Cristo; y esta su última voluntad vióse cumplida el día de la Inmaculada, pues previamente instruídos los mencionados catecúmenos, fueron regenerados con las saludables aguas del Bautismo por el M. R. P. Vicario General de aquellas Misiones, Fr. José M.^a Betanzos.

Orán

MUERTE de su Obispo.—En el mes corriente, y á los setenta y cuatro años de edad, ha fallecido en Orán Mons. Cantel, obispo de dicha diócesis hacia doce años. En ella desplegó un celo caritativo y apostólico, fundando y sosteniendo diversas obras, parroquias y Misiones.

Su obra principal fué la edificación de la Catedral de Orán, que ha dejado casi completamente terminada.

Cabo San Juan (Guinea española)

Nos escriben de Cabo S. Juan que son varios los indígenas que, merced á la propaganda agrícola del Misionero, habían abierto finquitas de cacao; pero, al enterarse de que los precios de dicho producto andaban tan por los suelos, las han dejado abandonadas. Sabedores de ello los Misioneros y ansiosos de prestar servicios á la Colonia y á la Patria, animáronlos, como pudieron, inculcándoles que plantasen café y proporcionándoles plantas y semillas de cafetos. Más de doce plantaciones de café se hicieron en poco tiempo, y para que trabajaran con más seguridad, indagaron los Misioneros el precio á que en las factorías de Elobey, que son las más próximas, se les compraría en pequeñas cantidades ó para el consumo de las mismas, pues el que gastaban les venía de Europa, de Fernando Poo ó de Santo Tomé. Algún factor aseguró que se pagaría á 2'50 pts., lo cual animó grandemente á los morenos. Pero llegó el día, y uno de dichos cosecheros llevó á Elobey 25 kilos; ¡cuál fué su desencanto al ver que los factores le prometía 50 céntimos por kilo!

Otros jóvenes quisieron convencerse por sí mismo de la veracidad de la fatal noticia que les llevara su compañero y, por desgracia, pronto vieron la triste realidad de tan mísera ganancia.

«¿Por qué—se dijeron—plantamos café para venderlo á tan vil precio? ¡Mal empleado trabajo!

«Mucha más cuenta nos trae plantar yuca.»

Se les habla de goma; pero no están dispuestos á llevarse un tercer engaño, según ellos dicen.

Digno es el asunto de que lo tomen por su cuenta nuestros comerciantes y de que no pase desapercibido al celo de la patriótica institución de la Cámara Agrícola de Fernando Poo.

Guinea española

NUEVA capilla.—El 18 de Noviembre se inauguró solemnemente en Moka una capilla bajo la advocación de San Antonio Abad. Concurrieron al acto la primera autoridad de la bahía de Concepción, el Rdo. P. Superior de la Misión del mismo nombre y varios europeos é indígenas.

Canadá

MISIONERO y profesor de taquigrafía.—En el Congreso de Estenografía celebrado recientemente en Marsella, se vió una prueba notable de cómo la Iglesia Católica favorece la ignorancia y el oscurantismo. El Padre Le Jeune, misionero de una parte de la diócesis de New Westminster, donde viven varias tribus de indios, había trabajado en vano por enseñar á sus catecúmenos y neófitos el arte de la escritura: sus misterios parecían demasiado complicados á los hijos de los bosques. Aconsejado por otro misionero, el Padre Chiappini, el Padre Le Jeune ensayó la taquigrafía por ser menos complicada en su trazado. Dió las primeras lecciones á un pequeño cojo que se había entusiasmado por la misteriosa ciencia de pintar los pensamientos, y antes de partir le dió un método de estenografía. A su vuelta fué agradablemente sorprendido al oír que el cojo había descifrado y aprendido de memoria todas las oraciones escritas en caracteres estenográficos. Fundó una escuela, y hoy cuenta con numerosos alumnos y son ya muchos los que saben escribir.

Estados Unidos

UNO de los varios entes raros que engendra el Protestantismo.—Mrs. Eddy, profetisa, sacerdotisa, filósofa, teóloga, fundadora de una nueva religión, sucumbió á la suerte común de los hijos de Adán, el día 3 de Diciembre, cerca de Boston, Mass., contando ya noventa años de edad y cuarenta y cuatro de su arrebató al mundo invisible, de donde afirmaba bajó trayendo á la tierra la nueva revelación que llamó *Ciencia Cristiana*.

Claro que no hubo ni hay en ésta ni ciencia ni cristianismo, sino un batiborrillo de ideas las más descabelladas y contradictorias; para muestra nos fijaremos sobre un punto solo, que descollaba en el cuadro fantasmagórico de la teología eddyana—la muerte.

En sendos pasajes de las obras de esa *inspirada doctora*, se nos asegura que el hombre no es mortal, sino inmortal: todo el hombre, decía ella, no la sola alma humana; debemos, enseña en su *Ciencia Cristiana*, «dominar el pecado, la enfermedad y la muerte;» «creer en la muerte es un suicidio;» es falso lo que «afirma la mente mortal,» esto es, que «el cuerpo, abandonado por el pensamiento, debe ser sepultado y reducido á polvo;» no es verdad: «los mortales despiertan del sueño de la muerte con cuerpos que no son vistos por aquellos que piensan haber sepultado el cuerpo;» «el error, la materia, el pecado, la enfermedad, la aflicción, la muerte» no existen: son ilusiones de la «mente mortal,» y como esa misma «mente mortal no existe,» son efectos del «magnetismo animal que alucinando al hombre le hace creer en esas cosas tan lastimeramente fantásticas; para no morir, basta la decidida voluntad de no morir, etc., etc.»

¡Pobre Mrs. Eddy! ¡Murió! No pudo librarse de esa fatal ilusión de la «mente mortal.» De ella quedará solo el recuerdo de su ridícula invención, mal llamada *Ciencia Cristiana*, y una prueba más de las locuras que produce el *libre examen*.

RIQUEZAS de Alaska.—El gobernador de Alaska, Sr. W. E. Clark, recomienda en su Relación anual la explotación de las minas de carbón de aquel territorio, la que actualmente está prohibida á fin de reservar aquellos depósitos para las necesidades futuras de los Estados Unidos. Las minas alaskañas, dice el Gobernador, contienen carbón para cinco mil años, según los geólogos: entretanto el país sufre carestía de combustible, y las industrias, especialmente la construcción de ferrocarriles, se hallan casi paralizadas, siendo insu-

ficiente y muy costoso el carbón importado de los Estados y del extranjero al territorio.—Este, por otra parte, se desarrolla rápidamente. En 1910 importó de los Estados carbón, madera, máquinas, quincalla, víveres, licores, etc., por valor de duros 786,202 más que el año de 1909; exportó á los Estados mercancías y metales preciosos por el valor de duros 34.628,535, esto es, duros 293,100 más que el año anterior.

Covington (E. U.)

HERMOSO ejemplo.—Según leemos en la Revista *La Santa Cruz*, de Méjico, un ministro protestante de la secta episcopaliana se ha convertido al Catolicismo, ingresando después en el Noviciado del Monasterio benedictino de San José de Covington (Luisiana). Su esposa le ha imitado, dejando también el mundo para vestir el hábito benedictino en un Monasterio situado en la misma ciudad.

México

ANIVERSARIO de la aparición de la Virgen de Guadalupe.—El aniversario de la gloriosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe á Juan Diego, en la colina del Tepeyac, fué celebrado con las solemnidades acostumbradas en el Santuario Nacional. Se calculan en más de cien mil los romeros que visitaron la Basílica, y en otros tantos los que no pudieron penetrar por falta de espacio. Desde las tres de la tarde del día anterior, mucho antes de que empezaran las Vísperas solemnes, el templo estaba ya tan atestado de gente, que era imposible moverse en él. Al día siguiente, antes de la salida del sol, la calzada de la villa de Guadalupe estaba cubierta de un hormiguero de peregrinos que rezaban y cantaban las alabanzas de la Virgen. El altar mayor estaba cuajado de flores de todos los aromas y matices, ofrecidas en gran parte por los visitantes.

China

UN Obispo Misionero condecorado.—El Emperador de la China ha condecorado con el glóbulo azul correspondiente á mandarín de 3ª clase al Ilmo. y Rdmo. Sr. obispo Fr. Cesáreo Shang, de nacionalidad francesa, y gloria y honor de la Orden de Frailes Menores de San Francisco de Asís, por servicios prestados en diversas ocasiones á los súbditos del Imperio Celeste, y por su prudencia y especial tacto al tratar asuntos pendientes entre cristianos é infieles. Para comprender la importancia de esta condecoración, basta saber que los mandarines en China se dividen en nueve clases, y que el glóbulo correspondiente á los de 3ª clase se concede rarísimas veces.

Véase la traducción del precioso título de nobleza Celeste:

«Yo, Gobernador de la Provincia del Chan-tong, intendente general en los asuntos militares de la región, jefe superior encargado de los asuntos de la sal y de la pesca; tengo el alto honor de escribiros con los sentimientos del más profundo respeto y veneración, hoy día 15 de la 9ª luna del segundo año del emperador Suen-tong. Yo he enviado un mandarín especial cerca del Emperador para hacerle saber los méritos contraídos por V. E. y suplicar para V. E. una condecoración especial de glóbulo ó de medalla.

«El Emperador hase dignado escuchar mi humilde petición, y por su rojo pincel la ha sometido á la consideración del Ministerio de Negocios Extranjeros para que sea escrupulosamente examinada.

«Ahora bien; el día 8, de la luna 9ª, segundo año del Emperador Suen-tong, por el Ministerio de Negocios Extranjeros se me anuncia que ha sido presentada al Emperador una nueva demanda, solicitando para el venerable Obispo Tchang-

Ming-Te, francés de nación, el glóbulo de 3.ª orden. Su Majestad el Emperador la ha aprobado.

«El Ministerio de Negocios Extranjeros me encarga, excelentísimo señor Obispo, agradecer vuestros servicios en pro de nuestro grande Imperio, al propio tiempo que rogaros aceptéis esta distinción y dignidad tan merecida.

AL OBISPO FRANCÉS CESÁREO SHANG

el Gobernador de la Provincia del Chan-tong, el día 15 de la luna 9.ª del segundo año del Emperador Suen-tong.»

Así honran los reyes infieles á los Religiosos Misioneros al mismo tiempo que los Gobiernos que asimismo se llaman católicos los arrojan de su Patria querida á la que nunca cesan de proporcionar días de gloria y esplendor.—P. IRUARRIZAGA, O. F. M.

Han kow (China)

DETALLES de esta rica ciudad.—Han-kow con sus 850.000 habitantes, puede decirse que es una población semi-europea y semi-china. Existen en Hankow las concesiones francesa, inglesa, rusa, japonesa y alemana. Es un magnífico puerto el suyo, pues el río Yan-tre-chiang ó Azul, tiene una anchura de 1,200 metros, y tal profundidad, que pueden llegar al mismo muelle los más grandes barcos. Dada su situación geográfica, comunica directa ó indirectamente con las vías fluviales más importantes del imperio. Por el río Azul recibe el arroz, sésamo, tabaco, azúcar, porcelanas, plantas medicinales, té, carbón... Su almizcle y pieles diversas vienen del Tíbet, el petróleo de Rusia, América y Sumatra, el opio y la seda del Shauri y del Se-tch'oang. El ferrocarril Canton-Hankow, en construcción, puede darle grandísima importancia. Promete ser una de las ciudades más importantes y más comerciales del Celeste Imperio. En ella tienen los franciscanos la Procuración general para casi todos los Vicariatos de la China.

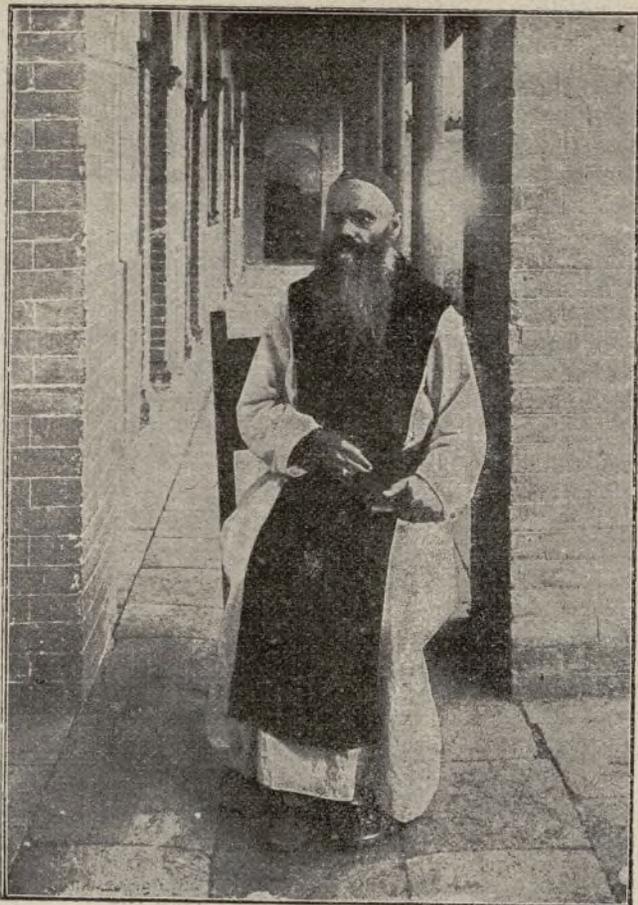
Los Misioneros franciscanos sostienen la bellísima obra de la Santa Infancia, obra verdaderamente divina que tantas almas roba al limbo y al infierno, para llevarlas al cielo á cantar las divinas alabanzas. El Orfanotrofo de Hankow y el de Ou-tch'an-fu, gracias al celo de los Franciscanos, se encuentran en un estado tan floreciente que causa la admiración de cuantos europeos los visitan.

Macao (China)

QUIERE frailes.—Macao, que es colonia portuguesa, ha rogado al Presidente de la flamante república que continúen allí las Órdenes religiosas, y, por lo menos, que no expulse á las Hermanas de la Caridad, absolutamente indispensables. Como esto último ya lo ha reconocido, obligado por la necesidad, el Gobierno lusitano, será difícil que lo niegue á la colonia Macao.

Japón

NUEVO hospital.—La R. M. María Mercedes, española, superiora de la Casa de Notre Dame du Japon, que en Hitoyoshi-Higo, con su reconocido celo, dirigen las Franciscanas Misioneras de María, nos escribe con fecha 23 de Noviembre de 1910: «Esperamos el próximo año aumentar con una más nuestras obras en la actualidad fundadas. Estamos construyendo la anhelada casita, cinco años esperada con vivas ansias; en ella residiremos, y la que actualmente habitamos será convertida en hospital, en el que asistiremos á cuantos enfermos podamos hasta que el Señor nos permita levantar un edificio que reúna mejor las debidas condiciones. Quiera Dios que los buenos católicos no se olviden de estas pobres



CHINA.—DON MAURO, ABAD DE LA TRAPA CHINA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN

Misioneras aisladas en estas montañas, en medio de tantos miles de paganos difíciles de convertir.»

Corea

NUEVA escuela.—«Tengo el gusto de decirles que con la ayuda de la Providencia ya hemos realizado una parte de nuestros planes. Se ha construido un espacioso local que sirve de escuela católica para las niñas; esta escuela, abierta desde hace algunos meses, la frecuentan ya ciento veinticinco alumnas. Gracias á los cuidados y celo de las Hermanas de San Pablo, hácese en ella considerable bien; varias han hallado ya y otras muchas hallarán la gracia de su conversión. Para los niños aún no he podido edificar el local, prometido frecuentemente, siempre esperado y más que nunca necesario; es que la manutención ordinaria es muy onerosa, y para hacer frente á ella no tengo otros recursos que los de las almas generosas, amigas de las Misiones. La obra del apostolado por medio de la escuela católica es la más fructífera para el Catolicismo.»

Filipinas

HERMOSA idea: «El día español».—Hace tres años, un hijo de Galicia, D. José Páramos, inició en Ilo-Ilo la idea de consagrar todos los años un día de recuerdo á España y á su gran obra civilizadora en estas islas.

La idea era demasiado hermosa para que no fuera acogida con entusiasmo por la colonia española, que no veía sólo, en la realización de la misma, el medio de desahogar su amor y cariño á la Madre patria, ausente, sino también la de hacerlos reaparecer y perpetuarlos en el pueblo filipino y añadir, cada vez más, los estrechos lazos con que siempre estuvieron unidos ambos pueblos.

«El día español» fué el título con que se bautizó esta fiesta de gratos recuerdos, y con buen acierto se asignó el de la festividad de Santiago para celebrarla. El primer año se celebró únicamente donde tuvo nacimiento la idea, en Ilo-Ilo. El siguiente ya no fué sólo la colonia de Ilo Ilo la que hizo festejos en tal día, sino que también la de Manila entró á formar en este concierto, que el presente año ha tenido manifesta-

ción espléndida y altamente satisfactoria para todo español que se haya tomado la molestia de leer los periódicos, pues todos, no ya sólo los netamente españoles, sino los filipinos, han dedicado, como sagrado deber hacia su segunda Patria, frases de elogio y de cariño á la gran Madre España, y en ellos se han publicado las reseñas de los festivales llevados á cabo en multitud de puntos de las islas.

Cómo han sido expulsados de Portugal los Religiosos de la Compañía de Jesús

(Continuación)

3.^a—Sugestión de vocaciones

Jamás se acordó nadie de censurar á un individuo de cualquiera asociación, que, estimándola y deseándole toda prosperidad, invitase ó aconsejase á otros á inscribirse en ella. Nadie puede impugnar semejante proceder, y tanto menos cuanto más perfecta fuere la sociedad. Por consiguiente, una Orden religiosa cualquiera tiene el derecho de invitar, á quien posea las cualidades requeridas para en ella servir á Dios, á inscribirse en ella libremente. Debo, sin embargo, hacer una restricción con respecto á la Compañía de Jesús, y esta restricción causará extrañeza á muchos. Tenemos expresa recomendación de no atraer á ninguno determinadamente á nuestra Orden, sino solamente de ayudar, sin la menor sombra de sugestión, á seguir la vocación de Dios dondequiera que se reconozca. Así me consta que han procedido siempre mis Hermanos en Religión; y, francamente, si de otro modo procediesen, no solamente se apartarían de las instrucciones de la Compañía, sino, además, darían prueba de poco talento práctico. En efecto; una de las primeras preguntas que se hacen á los pretendientes en el examen de admisión, es si alguno de la Compañía le ha procurado atraer á ella; y, joven que así hubiera sido incitado, es cierto que no perseveraría; pues la vida de la Compañía es en tanto grado vida de sacrificio, y la sujeción á la obediencia entre nosotros supone tanta abnegación, que sólo una vocación divina puede asegurarnos la perseverancia; y la obra del hombre es en esta parte indudablemente infructuosa. Añádase á esto que la larga formación que precede á los últimos votos ofrece, como en ninguna otra parte, garantías para la libertad, puesto que hasta entonces, por espacio de diez á diecisiete años, puede el Religioso ser desligado de la Compañía, y lo será, sin duda, cuando no tuviere verdadera vocación.

Pero los mismos adversarios de la Compañía en Portugal se encargaron de proporcionarnos armas con que defendernos en este particular. Pocas semanas antes de la proclamación de la República, publicaron los diarios jacobinos varias cartas de uno de nuestros Religiosos á cierto joven, que hacía tiempo pedía entrar en la Compañía. Son dichas cartas modelo de prudencia, moderación y tacto sobrenatural; y quien, sin estar dominado por la pasión, se fijase, no en los títulos falsos, ni en los comentarios maliciosos con que las glosaron, sino

en el texto sencillo y digno de quien las escribió, hallará en esos documentos la respuesta más perentoria á las calumnias que nos imputan.

4.^a—Organización secreta

Cierto que, si ésta existiese entre nosotros, no competiría á los hombres, que se han declarado protectores de las sociedades secretas, perseguirnos por este título. Pero no hay acusación más falsa por lo que á nosotros toca. El *Instituto* y las *Reglas* de la Compañía de Jesús, hoy más que nunca, se encuentran, á disposición de quien quiera leerlas y estudiarlas, en todas las bibliotecas públicas.

En Portugal, la existencia legal ficticia, que tenía la Compañía, le fué impuesta, bien contra nuestra voluntad, por los que, estando al frente de un Gobierno que se decía católico, no tenían valor para conceder á una Orden religiosa, aprobada y elogiada por la Santa Sede, la libertad que nos conceden naciones protestantes.

Disfrazámonos entonces con el nombre de *Asociación Fe y Patria*. Y francamente; cuando nos habían amenazado con la dispersión y el destierro, todavía era de agradecer este remedo de libertad. Aprovechémonos de la poca que se nos concedía, para con ella consagrarnos, dentro de los estrechos límites á que se extendía, al bien de la Religión y de la Patria. Pero, como ya queda declarado más arriba, era muy contra nuestra inclinación y nuestro modo de ver el guardar un incógnito que, después de todo, para nadie lo era.

El actual Gobierno de la república, que posee los catálogos particulares de las personas y de las ocupaciones de los jesuitas portugueses, podrá ver en ellos á su gusto que no había entre nosotros razón alguna para escondernos ni para dejar de aparecer clara y manifiestamente á la luz del día con este título, que después del de cristianos es para nosotros el más glorioso: *Religioso de la Compañía de Jesús*.

5.^a—Espíritu político y contrario á la república

Las opiniones expuestas en algunos artículos del *Mensajero*, los rumores de ingerencia nuestra en la actitud batalladora del diario *Portugal* en estos últimos años, y las fábulas sin cuento propaladas por la prensa contra la Compañía con ocasión de las úl-

*

timas elecciones, dieron pie á que se acusara á los de la Compañía de haberse dejado llevar del espíritu político.

Por lo que hace al *Mensajero*, los artículos en él publicados están á disposición de quien quisiera leerlos; y la doctrina allí expuesta, ya acerca de la cooperación de los electores en la promulgación ó ejecución de las leyes, ya sobre la solidaridad de los miembros de un partido con el programa, tradiciones ó vida política del mismo, al fin y al cabo no son sino la doctrina corriente en todas las naciones, donde la cultura civil y la ilustración social-católica no han quedado relegadas al lamentable abandono en que vegetan entre nosotros. Solamente el desconocimiento de las enseñanzas vulgarizadas fuera de Portugal por las pastorales de los Prelados, por la catequística eclesiástica y por la intensa propaganda del periódico y del libro, puede explicar la extrañeza con que entre nosotros eran acogidas por muchos, á guisa de novedades, conclusiones de moral y casuística, corrientes en las demás naciones católicas.

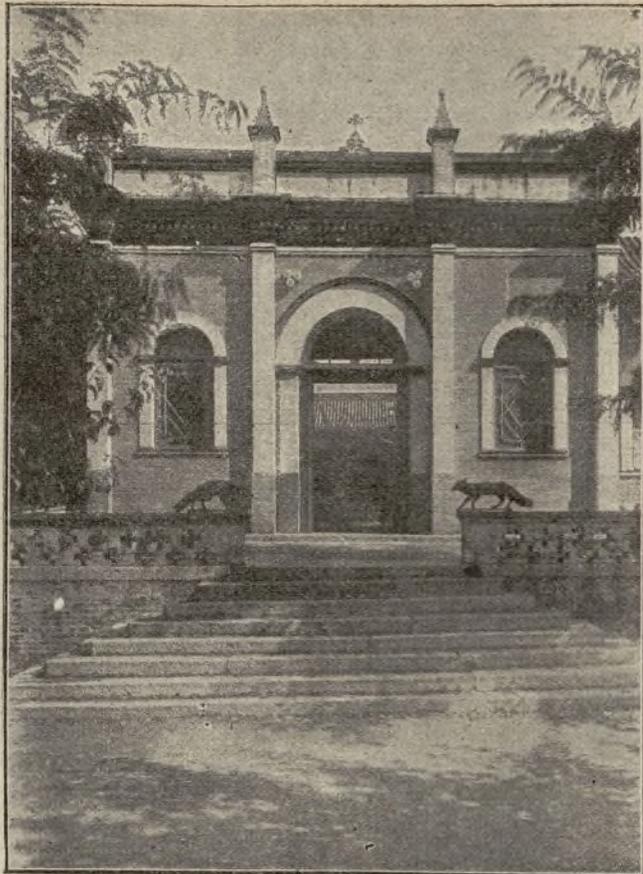
Mas sean las que fueren las divergencias de opinión en tal ó cual punto, sóbrannos razones para preguntar, qué especie de libertad sería la de una nación, donde se pusiese en duda el derecho del teólogo y el moralista á exponer y defender, en los artículos de una publicación periódica, la opinión que sigue en asuntos de su competencia.

En cuanto al diario *Portugal*, bien podría dispensarme de contestar después de la carta poco ha publicada por su Director. En ella declara que en toda esta última fase de su diario, cabalmente la más impugnada por su actitud belicosa, la Compañía no tuvo la menor ingerencia.

Con esto no se entiende que pretendo eludir responsabilidades, como si reprobese la energía y el valor de la prensa católica. No. La verdad debe defenderse con valentía; y los enemigos de la causa de Dios, que para sí reclaman el derecho de todo linaje de intemperancias de estilo, y no vacilan en echar mano de la mentira, de la calumnia y de tantos otros recursos periodísticos inadmisibles, ya que no pueden ser combatidos con semejantes procedimientos, por vedarlo la probidad y virtud cristianas, deben, por lo menos, ser repetidos con valerosa independencia y sin meticulosas condescendencias.

Un diario jacobino de Lisboa publicó no ha mucho una carta mía, en que pedía yo al destinatario se interesase para alcanzar recursos en favor de la empresa que últimamente dirigía el diario *Portugal*. Nada diré en son de protesta por la abusiva publicación de una carta privada; ni vengo ahora á fustigar las insidiosas observaciones con que aquel periódico glosaba dicha carta; sólo pretendo hacer constar que el interés por mí revelado en ella para con la última empresa del *Portugal* es una prueba de que la orientación general de aquellos periodistas católicos no discrepaba de nuestra manera de pensar. Mas, ¿qué crimen hay en esto? Ni ¿qué crimen habría en ello, aun cuando los artículos vehementes de esta última campaña del periódico hubieran sido realmente nuestros?

Finalmente, por lo que atañe á las últimas eleccio-



CHINA.—ENTRADA DEL MONASTERIO.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne.

(Pág. 14)

nes, debo declarar que rechazo enérgicamente las fábulas que una prensa nada escrupulosa divulgó acerca de mis Religiosos. Paso en silencio esas ridículas invenciones acerca de jesuitas, que, con el crucifijo en la mano, pedían votos para los nacionalistas, y de predicadores que amenazaban con el infierno á cuantos votasen por el Gobierno. Invenciones tan absurdas ponen de manifiesto la ignorancia que de nosotros y de nuestras cosas tienen los que las publican. Digo más: en ningún tiempo mis Religiosos se valieron de chanchullos electorales; antes bien, cosa que á muchos causará extrañeza, muy contados fueron los miembros de la Compañía de Jesús que acudieron á las urnas para dar su voto. Las razones excepcionales que justifican esta conducta no son para este lugar; pues en las actuales circunstancias el voto es un deber de conciencia, del cual, y por excepción, sólo puede eximirse quien tenga para ello graves motivos.

De los consejos que se hayan dado en consultas particulares ó de conciencia, nada tendría que decir, si no me obligara á hablar la indignación ficticia con que una prensa hostil á la Compañía quiso desvirtuar los hechos, confundiendo sus circunstancias. El último Gobierno de la monarquía, no contento con declararse abiertamente anticlerical, después de varios actos atentatorios á los derechos de la Iglesia, comenzó á perseguir á las Ordenes religiosas, dejando entrever, á todo el que no se empeñara en cerrar los ojos á la luz de la evidencia, que sus intentos en lo concerniente á las mismas Ordenes, eran los que más tarde reveló en el último decreto, publicado en nombre del Rey un día an-

tes de su deposición, y los que aún recientemente, después de caer la monarquía, hicieron alarde en la prensa de querer llevarlos adelante. Ahora bien, ¿qué sacerdote católico, en vista de tales procedimientos, si no quiere hacer traición á su deber de centinela de Israel, no dará la voz de alerta ante tamaño peligro, repitiendo intrépidamente aquel *non tibi licet* del santo Precursor?

En este punto que se refiere á la política, como en tantos otros, me cupo la honra de ser calumniado gratuitamente por los enemigos de la Compañía. Atribuyeron á mi provincialato una nueva orientación dada á la Compañía en Portugal, siendo así que nunca como Superior intervine, ni siquiera con un consejo, en el sentido que esos escritorzuelos pérfidamente insinuaban.

(Concluirá).

LA ENANA MARÍA ⁽¹⁾

(Conclusión)

Si encontrándose próxima á la muerte, en el terrible lance agónico, hacían sus parientes paganos tales cosas cuales narradas quedan en mi anterior correspondencia, con la joven esposa ya felizmente cristiana, es fácil comprender las ceremonias supersticiosas que tendrían lugar después de su muerte. Ordinariamente cuando muere un enfermo, los miembros todos de la familia huyen lejos de la casa, cerradas herméticamente las puertas de la habitación del difunto, pues diz que al desprenderse del cuerpo el alma ó espíritu, éste entra en el primer ser viviente que á su paso encuentra, el cual por este hecho es condenado á muerte segura é inevitable. Derrámase en el dintel de la puerta del difunto un saco de ceniza bien esparramada; llámase al Sien-Cheng, maestro, el cual al cabo de uno ó más días, según su *sabiduría* le dicta, ó él crea conveniente, observa escrupulosamente la ceniza para fallar con entera seguridad si el espíritu ha marchado atado con ligaduras de cuerda ó cadena de hierro, que respectivamente significan méritos ó desméritos del fallecido. El mismo Sien-Cheng debe señalar el lugar de la sepultura, y si la ceremonia ha de tener lugar de día ó de noche, á la mañana ó á la tarde, á fin de que verificado todo según sus órdenes, los descendientes puedan gozar de prosperidad, lluevan sobre ellos y á tropel cuantiosas sumas y bienes de fortuna, y ejercer altos cargos en el Estado. Todo esto hicieron con la joven esposa bautizada por la enanita María, mientras ésta alegre y contenta, bendiciendo la misericordia de Dios se volvía á la residencia de Fung-yuan-fang, para contar lo sucedido á las Franciscanas Misioneras de María, á cuyas oraciones atribuía ella la conversión al Cristianismo y salvación segura de su sobrina.

Parece que entonces concibió nuestra enanita el pensamiento de consagrarse á trabajar personalmente por la salvación de las almas, poniéndose al servicio y bajo la dirección, como catequista, de alguno de los misioneros del Vicariato. En un principio los superiores no creyeron conveniente permitir se dedicara á obra tan sublime y divina, pues su miserable estatura y su físico eran tales, que ofrecían muy pocos atractivos. Sin em-

bargo, ella debió de rogar tanto al Señor al pie del Tabernáculo, que al fin se convino en enviarla fuera para probar en que pararían sus fervores, y ver el resultado que pudieran tener sus anhelos y súplicas.

El resultado de las primeras pruebas no podía ser más excelente. La enanita María trabajaba con incansable celo y admirable ardor. Contentos los superiores la enviaron al Norte del Vicariato, donde son muy pocos los cristianos y difíciles las conversiones, y tan simpática se ha hecho y tan bien ha sabido captarse el afecto de todos, que la presentan como el modelo de las catequistas y la nombran con respeto.

Para descansar de sus apostólicas fatigas regresó unos días á la Santa Infancia de Fung-yuan-fang, y allí su carácter bondadoso y sus virtudes supieron captarse en grado tal las simpatías de las catecúmenas y de las niñas, que todas piden vuelta á visitarlas.

Hoy la enana María sigue feliz catequizando y convirtiendo, y su celo es la admiración de todos, y el Señor la premia enriqueciéndola con virtudes.

Estos son los frutos de la Santa Infancia, obra admirable que, como saben los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS, recoge niños y niñas abandonados por sus padres, á fuer de paganos, desnaturalizados, ó los compra cuando éstos los ofrecen al mejor postor, y los bautiza y los educa, enseñándoles las virtudes cristianas que las guían por el camino del cielo, y no las abandona hasta darlas en matrimonio á un compañero digno, ó hasta verlas, llamadas por Dios á vida más perfecta, consagrarle la virginidad y ofrecerle cada día el aroma de sus virtudes preciosas, y sacrificios heroicos que indudablemente deleitan al Salvador, y hacen derramar á manos llenas sus misericordias sobre esta tierra que, víctima secular del Paganismo, alentamos la esperanza de que hoy empieza á abrir los ojos, y á fijarlos en la cruz que salva.

Tanto bien hacen los que con sus limosnas colaborarán á la civilizadora y apostólica obra de la Santa Infancia.

FR. JOSÉ M.^a DE IJUARRIZAGA, O. F. M.,
Misionero de Shenai (China).

Véase el núm. 369 de *Las Misiones Católicas*.

FORMOSA.—LOS SALVAJES Y LA COLONIZACION JAPONESA

Después de varios años de no vernos honrados con sus escritos, hoy, el incansable misionero dominico R. P. Fr. José M.^a Alvarez, meritísimo Prefecto apostólico de Shikoku (Japón), nos favorece con el siguiente trabajo, notabilísimo bajo todos conceptos. Al empezar á publicarlo nos complacemos en rendir público testimonio de agradecimiento al benemérito Prefecto apostólico que, á pesar de sus numerosísimas ocupaciones, se acuerda de *Las Misiones Católicas*, y se digna favorecerla con sus escritos.



FORMOSA, he aquí el nombre de una isla muy poco conocida si no es por el nombre simpático que tiene en la historia de Occidente, después de tres centurias que viene figurando en los mapas, y sin embargo es digna de más atento estudio y cuidadosa observación.

Su extensión, sus riquezas, la fecundidad de su suelo bien trabajado por los colonos chinos, la variedad de sus habitantes hacen de Formosa un lugar interesante para el sabio que busca la solución de un problema, y codiciado por el comerciante calculador que tiene exacto conocimiento de las inagotables riquezas que atesora en sus entrañas. Los japoneses, que sabían esto, se la arrebataron á los chinos hace quince años, haciéndola entrar en el tratado de Shimonoseki, como indemnización de la guerra chino japonesa de 1895; y desde esa época sus leyes, muchas de sus costumbres y hasta su suelo han sufrido un cambio radical con el método de colonización japonesa, ensayado por primera vez con éxito lisonjero para el pueblo dominador en la isla de Taiwan, como por ellos y por los chinos es llamada.

En esta tan rica y abundosa isla existen además de los chinos, que componen la masa de la población sujeta al imperio del Mikado y que suman unos tres millones, otras razas indígenas de origen malayo y muy anteriores al arribo de los chinos á la isla de Formosa, las cuales, formando tribus separadas entre sí por su lengua, caracteres y costumbres, y teniendo por habitación los altísimos é intrincados montes de su inexplorada cordillera, la mayor parte no quieren hoy sujetarse al imperio japonés, como antes no quisieron reconocer la dominación del Celeste Imperio.

En siete tribus diferentes se han dividido las razas aborígenes de Formosa, si bien pueden hacerse aún subdivisiones muy fundadas; y éstas son las que sumariamente deseamos dar á conocer, hoy que el Japón está empeñado en una guerra de exterminio contra estas razas desventuradas, ya que la sujeción voluntaria no es factible en el plazo breve y perentorio que desea y según los métodos que se había propuesto emplear.

Antes de hablar de la campaña japonesa digamos, aunque brevemente, quiénes son estos hombres á los que se intenta dominar, y por qué ese afán y empeño del Gobierno japonés en sacrificar vidas y dinero en una empresa que no es de necesidad inmediata y al parecer sin fruto ni debida recompensa.

Los españoles, que desde 1626 á 1641 poseyeron la parte norte de la isla, y los holandeses, que desde 1624

á 1662 estuvieron primero en el sur y luego en toda la parte oeste, tuvieron comunicación con las razas indígenas de la isla, que entonces se hallaban extendidas por toda ella, ya que la posesión de los chinos no empezó sino en 1662, cuando el célebre corsario Koxinga se la arrebató á los holandeses, así como la dinastía tártara, que hacía poco mandaba en China, se la quitó en 1683 á los sucesores de Koxinga, quedando desde entonces unida á China, dependiente del virreinato de Fokien. La creciente inmigración de chinos fué arrollando poco á poco á los débiles indígenas, que, desposeídos de sus tierras, se vieron obligados á huir dejando paso libre á la vigorosa raza china; y hoy sólo queda un reducido número de villorrios en la parte Oeste, en los que los descendientes de aquellos indígenas se encuentran confundidos con los chinos, cuya lengua, usos y modo de ser han adoptado, olvidando por completo la lengua que sus padres hablaron y sus peculiares costumbres.

Pero además de la parte Oeste, sujeta en todo al Gobierno del Mikado, hay otras razas bravías y fero-



FORMOSA.—TIPO PAIWAN: HOMBRE

ces internadas en sus altísimas é inaccesibles cordilleras, que llevan una vida completamente salvaje, y no sólo no reconocen al Gobierno japonés, sino que positivamente no lo quieren, lo rechazan con la fuerza.

Estas razas suman en conjunto de 110,000 á 120,000 individuos, estando divididas en siete tribus con lengua, costumbres y leyes diferentes, y hasta enemistadas entre sí, y muchas de ellas desde tiempos antiguos, casi en perpetua guerra.

En la parte Norte, y comprendiendo un vasto territorio, habita la tribu Atayal, la más feroz y sanguinaria de Formosa, teniendo un gran número de rancherías y unos 26,000 habitantes. En el centro de la isla, hacia el Oeste, se hallan las tribus Isu y Tsalisen, con unas 5,000 almas la primera y 27,000 la segunda; al Este, confinando con los Tsalisen, se encuentra la tribu Ami, con unos 23,000 habitantes; y al Sur de éstas, hasta llegar al extremo de la isla, las tribus Pyuma y Paiwan, con 4,000 almas la primera y cerca de

30,000 la segunda. Aunque todos se encuentran sin los beneficios de la civilización, y en tiempos más remotos todos ellos se dedicaban al entretenido sport de cortarse las cabezas, hoy se distinguen por su instinto guerrero y sanguinario los Atayal del Norte y los Paiwan del Sur y alguna ranchería de los pertenecientes á otras tribus de las más internadas en las montañas.

Los Ami y Pyuma, que habitan al Este en una extensa planicie junto al mar, son de carácter y costumbres pacíficas, y lo mismo otras rancherías que se encuentran cerca de las poblaciones chinas; poco á poco, con el transcurso del tiempo y la comunicación con los chinos, han ido perdiendo la ferocidad y salvajismo nativo y haciéndose más sociales, por lo que todos éstos son llamados por chinos y japoneses *siek huan, jukuban*, salvajes maduros, civilizados. El método desde antiguo seguido por los chinos para obtener la explotación del alcanfor, el corte de maderas y algunos otros productos del territorio habitado por los salvajes, ha sido atraerlos con regalos y dones, hacer paces con ellos y hasta pagarles un pequeño tributo como reconocimiento de su señorío en aquellos lugares, y éste fué siempre el que dió positivos resultados, pues cuantas veces se intentó echar manos de la fuerza, enviando tropas para batirlos, éstas volvieron derrotadas sin conseguir su objeto, el comercio sufría las consecuencias, y nadie podía acercarse á los montes sin peligro de la vida, siendo preciso en el último resultado volver al método antiguo de hacer la paz con el irritado salvaje.

Para seguridad de los que trabajan el alcanfor y repeler los ataques de otras rancherías salvajes que no querían la paz, tenía el Gobierno chino, y también continúa con el Gobierno japonés, un cuerpo de policía especial, conocida con el nombre de *guardas de los salvajes*; y á pesar de todas estas precauciones y garantías, el tributo de sangre que anualmente se viene pagando á los salvajes por explotar el alcanfor, sube sin duda alguna á un centenar de vidas.

Por aquí se podrá comprender algo de la razón que tiene el Gobierno japonés para empezar ahora una campaña formal, según un plan desde ha tiempo concebido, contra todos los salvajes formosanos que hasta el presente han rehusado someterse á su dominación.

La independencia en que viven es causa de muchas muertes por ellos causadas que no reciben el condigno castigo; las riquezas forestales que existen en el territorio por ellos ocupado representan muchos millones, que no podrán ser efectivos mientras haya igorrotos que las guarden bajo pena de la vida.

Hablando sólo del alcanforero, existen en Formosa, según informes oficiales, unas 1,500 millas cuadradas de estos árboles seculares, que tienen hasta quince y veinte pies de circunferencia, los cuales pueden proporcionar al comercio, durante cien años, de cuatro á cinco millones de libras de alcanfor, que representa las tres cuartas partes del consumo mundial, siendo por este concepto Formosa el país más rico del universo. Toda esta riqueza, sin embargo, se encuentra, como ya hemos dicho, en posesión de los salvajes, y para su explotación necesita el Gobierno atraerse por buenos modos las rancherías cercanas, y mantener á la vez un cuer-

po de policías bien remunerados para la defensa de los trabajadores, contra los ataques improvisados y frecuentes de otros pueblos más internados, que no quieren la paz á costa de ver su territorio invadido.

Este método pacífico es el que ha venido hasta ahora practicando, pero no acomodándose tanta lentitud á los planos del Gobierno japonés, quiere obligarlos á una sumisión forzosa ó ponerlos en el triste y último trance de no poder continuar viviendo. Más de un año hace que empezó la guerra, y según parece, con pocos resultados para los japoneses; por eso ahora, con todos los medios destructores que tiene una nación moderna, se



FORMOSA.—TIPOS ATAYAT DEL NORTE

declara el exterminio de una raza, cuando ninguna razón urgente hay para llegar á un fin tan desastroso por medios tan poco humanos.

Para apreciar debidamente la suma de vidas y dinero que esta empresa representa, es preciso conocer el lugar que se intenta conquistar. Extenso territorio de 6,000 millas cuadradas, formado todo él por elevadísimos montes, con un promedio de cinco á siete mil pies sobre el nivel del mar, de forma escarpada y cubierta de tan exuberante vegetación, que es de todo punto imposible dar un paso sin ir previamente abriendo camino por aquel abigarrado conjunto de árboles seculares, arbustos, zarzas y malezas de todo punto impenetrables, todo lo cual representa un cúmulo de peligros, gastos y trabajo, que ciertamente no están en correspondencia con la utilidad inmediata que puedan reportar.

Por eso creo yo no era necesario por el momento emplear una táctica tan extremada, y bastaba ir explotando poco á poco el territorio limítrofe con ideales pacíficos, ya que hay trabajo para docenas de años, sin llevar las cosas á esos límites inhumanos de sacrificar miles de vidas inocentes á costa de un objetivo muy dudoso.

¡Y creer que todo esto lo hace un pueblo que se dice civilizado, contra pobres bárbaros inconscientes!! (1).

FR. J. M. ALVAREZ, O. P.

Prefecto apostólico de Shikoku.

(Se continuará).

(1) Un japonés de posición me dijo, para justificar la guerra sin cuartel emprendida contra los igorrotos formosanos: «Que el Gobierno japonés tenía vergüenza de que se dijese que en su dominio de Formosa había todavía salvajes.» Tal razón es muy pobre. ¡Como si no hubiese salvajes en el mundo, y en el mismo Japón no estuviesen los *ainos* después de tantos siglos!

LA TRAPA CHINA DE YANG-KIA-PINN

POR EL R. P. LIMAGNE, DIRECTOR DEL INSTITUTO SAINT-JOSEPH EN MONTLUÇON (FRANCIA)

Raras veces hemos tenido ocasión de hablar del hermoso monasterio cisterciense, fundado cerca de Pekín hará unos treinta años. Por eso hemos recibido con mayor gusto las noticias cuya publicación hoy empezamos. Por los detalles que contiene y las fotografías que la acompañan, da una idea exacta y completa de la Trapa de Nuestra Señora de la Consolación, primer retoño del frondoso árbol benedictino que ha arraigado en China.



Al cortar un árbol vigoroso, la savia que refluye del tronco cortado, engendra con fuerza irresistible nuevos vástagos, que son más vivaces cuanto más profundas eran las raíces, más generosa la tierra nutritiva, y de mejor raza la víctima.

Las casas religiosas recuerdan estos árboles mutilados que retoñan incesantemente. Desecha tempestad ha destruído los soberbios muros que cobijaban sus miembros, pero éstos se han dispersado, han arraigado en países extranjeros, y los golpes dirigidos á derribarlos, no han hecho más que ensanchar maravillosamente su campo de acción.

Tal es el destino presente de la Trapa de Sept-Fons y la supervivencia particular de la austera Religión de San Benito. Humildemente escondida entre los árboles, junto al canal de la Loire y en un rincón monótono del Bivibonnais, la célebre Abadía estaba reducida á la más precaria existencia. Mas ella no quiere morir. Tiene brazos que piden campos que roturar, voces que no están cansadas de elevar cánticos al Señor, y una vida rebotante, capaz de irradiar en benéficas obras nuevas. Y de la Trapa de Sept-Fons han salido, como de colmena inmensa, numerosos enjambres de Religiosos que han llevado el espíritu monástico á Palestina, al Brasil y á la China.

¿Qué va á ser de estos gérmenes de la Trapa, en países tan recientemente abiertos á la vida monástica? Los primeros roturadores suelen pagar de ordinario con su vida los escasos frutos que contemplan sus ojos antes de cerrarse. ¿Con cuántas lágrimas y sudores habrá que regar un rincón del Brasil ó de la China para hacer florecer en él las virtudes religiosas? ¿Qué transformaciones harán sufrir al ambiente físico ó moral estos extranjeros? ¿Qué eco hallará su voz en el corazón de los indígenas? ¿Y con qué beneficios morales, materiales ó intelectuales sellarán su establecimiento en tierra extranjera? Y por otra parte, ¿qué influencia ejercerá sobre los extranjeros el medio en que se verán precisados á vivir y qué modificaciones sufrirán las reglas antiguas y el espíritu de la Orden en contacto con este producto misterioso compuesto de tantos factores, que se llama civilización?

El problema es interesante, particular de nuestra época, de gran consecuencia para la Iglesia. Mas quizá aún no es tiempo de resolverlo.

Por hoy nos daremos por satisfechos visitando uno de estos países que han dado hospitalidad á nuestros

Religiosos, visitando su campamento provisional, que cada día se hace más definitivo, y hojeando las primeras páginas de la historia de una obra que quizás contiene los secretos de la transformación religiosa de este pueblo.

Este país será la China; este pueblo, la multitud de los celestes; este rincón, la carretera de Pekín que lleva á la Trapa, y esta Trapa la de Yang-kia-Pinn.

China, esta hasta hoy inmóvil parte del globo que empieza á agitarse y á conmover la vieja Europa, este depósito de vida demasiado lleno para no desbordar, tan vasto y tan profundo que puede, en un momento dado, inundar y subyugar los Estados más poderosos, este pueblo de aspecto raro, de alma fugaz, de usos y costumbres extravagantes, de historia incoherente, oscura y tenebrosa, China, repito, resta por estudiar en su vida familiar, en su vida íntima, en sus relaciones cotidianas con estos huéspedes que no ha llamado, pero que tampoco expulsa, en el tren ordinario de su vida política, moral ó religiosa, sobre todo en los tiempos de crisis y de revolución. Quizás habrá un poco de todo esto en el presente estudio. Cuando menos habrá un cuidado escrupuloso en respetar la verdad, una grande simpatía por esta obra y la substancia de documentos del mayor interés.

I.—¿Por qué una Trapa en China?

La Trapa de Yang kia-Pinn no es el producto de un capricho ni engendro fortuito de acontecimientos. Se debe al talento del Ilmo. Sr. Delaplace, obispo de Pekín, y de los esfuerzos perseverantes de sus sucesores.

El objeto perseguido por estos grandes Obispos Misioneros era doble: primero, asegurar á sus sacerdotes ayuda espiritual, y segundo, oponer á los bonzos chinos Religiosos católicos.

No hay conversión sin la gracia; y ésta se obtiene por la oración y la mortificación. Hombres cuya vida fuese una oración y mortificación continua debían purificar con su presencia el ambiente pagano y hacer fecundos los sudores de los buenos obreros.

El hombre que retrasa el triunfo del Misionero es el bonzo. El bonzo tiene dinero, prestigio, tiempo, en fin, todo lo necesario para paralizar ó dificultar el trabajo del Misionero. ¿Cómo vencerle? Oponiéndole el monje cristiano, el Religioso cristiano, cuya regla es consagrarse á los demás, trabajar por los demás, y sobre todo orar por los demás. El contraste de estos dos hombres es tan grande en este punto, que puede conmover los espíritus, arrebatarlos á los «malos pastores» y llevarlos á los «buenos.»

A estos dos fines principales pueden sumarse muchos otros secundarios.

El chino generalmente odia más al extranjero que al católico. Si detesta al Misionero, es porque ve en él un intruso que penetra contra toda ley en una tierra, una

vida y una historia inviolables y sagradas; es porque ve en él un ser enigmático que persigue un objeto tanto peor cuanto de él es más desconocido y contra el cual lucha como puede y sabe, con revueltas, pillajes y aun asesinatos.

El chino comprende difícilmente que un hombre sacrifique su interés al servicio de una idea, que se consagre á los demás y que esté tan cierto de la vida futura que llegue á preferirla á los goces de la presente. En la Religión no ve más que los ritos exteriores, una cosa muerta, sin horizontes, sin substancia, incapaz de contestar á sus fieles las preguntas que les sugiere la idea del más allá. Por eso no se preocupan más que de lo que concierne á la vida presente. Poco religiosos, á pesar de las apariencias, los chinos están desprovistos de bondad. Obrar por amor al prójimo es á sus ojos una debilidad.

Antes de intentar convertirles, el Misionero debe procurar convencerles de que no es su enemigo, y esforzarse en demostrarles que no mira más que á sus intereses, tanto materiales como espirituales. Palabras solas ó actos pasajeros no les convencen. La capa de sus prejuicios y de su egoísmo es demasiado densa para que un simple rayo de verdad ó una prueba aislada de amor puedan rasgarla, y llegar á iluminar y calentar las almas que aprisiona.

El chino quiere juzgar al árbol por sus frutos, cosa muy justa y muy puesta en razón. Mas para que tenga fe en su juicio es menester que el árbol nazca, crezca y se desarrolle á su vista. Entonces quizá consentirá en cobijarse bajo sus ramas, en comer de su fruto y en concederle un lugar en su pensamiento, en su corazón y en su historia.

El Misionero va, viene, cambia de residencia y muere, siempre en una casa sencilla que apenas se levanta tres metros del suelo. Pero que una Trapa, con sus hectáreas de tierra cultivada, su pesada mole, sus hábitos de hospitalidad y de trabajo, se fije en un país desierto, reclute los indígenas y los transforme en otros hombres sobrenaturalizados, que una Trapa derrame sin cesar sus beneficios sobre la comarca; esta Trapa incorporada á la tierra de los Celestes, insinuada en su vida, esta Trapa verdaderamente china no infundirá sospechas de espionaje ni de cálculos comerciales, ni se verá tampoco en ella la vanguardia de una avanzada en marcha. Así el chino podrá tolerarla, amarla hasta, y poco á poco se dejará conducir por ella, por la acción de sus oraciones y de sus ejemplos, á los pies del Misionero, que penetrará con el monje en la confianza del pueblo.

Tal era el plan de los fundadores de la Trapa, plan compuesto de razonamiento humano y de experiencia local, hermoso sueño de apostolado sin palabras, de apostolado por el ejemplo, el trabajo, la oración y la mortificación.

Veamos ahora qué éxito ha tenido la empresa y qué acogida ha dispensado al sueño la realidad.

II.—Camino de la Trapa

Cuando el trapense llega á Pekín, se cree al término

del viaje, y se engaña. El viaje cómodo y á la europea sí que ha terminado; pero el viaje peligroso y pintoresco empieza entonces. Este es el que nosotros vamos á emprender.

No preguntéis cuántos kilómetros separan el punto de partida del de llegada. En China no se miden los caminos; no hay carreteras. La unidad de longitud es la jornada. Pero no la jornada de automóvil: se harían demasiados kilómetros. Ni la jornada de ferrocarril: este demonio negro, ruidoso y devorador de espacio, no es el demonio negro familiar de los Celestes. Ni la jornada de caballo: el caballo es muy exigente, y necesita buenos caminos.

La jornada china es la jornada del peatón, que sube ó baja, tropieza ó resbala, resignado de antemano á los más bruscos accidentes del terreno, y que trepa por los flancos escarpados de los montes, como la araña por una pared, ó salta de roca en roca como las cabras. Semejantes jornadas son laboriosas, y se ha avanzado mucho cuando en ellas se logra recorrer treinta kilómetros.

La jornada suele hacerse también caballero en una mula. En muchos parajes el pie del hombre es demasiado torpe é inseguro. El único pie prudente y seguro es el de estos mansos cuadrúpedos, que á las cualidades del jumento suman las del caballo. En tal caballería ya podéis ir confiados. Si es la mula la que guía, no hay más que dejarse llevar tranquilamente. Pero si intervenís, si anteponeís vuestro juicio al suyo, si queréis haceros de guía, cuidado con los pasos peligrosos, que podéis ir á parar á los profundos abismos. Seamos, pues, modestos, y ¡adelante!

Cuatro jornadas bastan ordinariamente para recorrer el trayecto de Pekín á la Trapa.

En la primera, cruzamos la inmensa llanura de Tcheli, en dirección al Oeste. Es un terreno llano, vestido de espléndida vegetación y rico, sino por su propia fecundidad, por la tenaz labor de los campesinos. A la derecha se encuentra el camino de Mongolia. Rodeamos un macizo al pie del cual pacen mansos y apacibles dromedarios. De las canteras de esta montaña sacan los habitantes de Pekín los materiales para sus casas cuando las hacen de piedra. Y los camellos esperan sin impaciencia la carga de granito. El camino sigue por un valle que va estrechándose poco á poco en forma de embudo.

Al cabo de la primera jornada hemos recorrido cuanto posee la China que pueda llamarse «carretera.» ¡Y qué carretera! Su trazado no exige inteligencia, y su limpieza está confiada á las lluvias. Jamás ha sufrido la acción niveladora del cilindro de vapor, y en ella los baches se abren como frutos sagrados.

¿Cómo un gran pueblo que tiene tras de sí tan majestuoso pasado, que lleva en el corazón un culto tan celoso á su tierra, que muestra tanto amor al trabajo, no ha trazado carreteras ni ha abierto comunicaciones á las principales ciudades de su inmenso territorio? No ha sido por falta de tiempo, ni de dinero, ni de brazos. Lo que ha faltado, lo que aún falta, es el desinterés. El chino es ferozmente egoísta, es un egoísta lógico que se burla de la solidaridad. No comprende que se llegue

á apartar una piedra para que no tropiece el vecino. Pues menos comprenderá que se le ayude á construir un puente, á derribar una roca ó á levantar un parapeto al borde de un abismo.—Pero, diréis, él mismo sacaría de la carretera un beneficio inmediato y un provecho incontestable; haría más fácil la vida de sus hijos y más intenso el tráfico de su país. Ciertamente. Pero el egoísmo llevado al extremo, ¿no es esencialmente limitado, estéril y nocivo?

La segunda jornada reserva al viajero menos fatiga y un paisaje deslumbrante. Llegado á la cumbre del Man-Tao-Keou, ve extenderse ante sus ojos y hundirse en un azul lejano, que no se adivina si es cielo ó mar, la inmensa llanura de Pekín. Más cerca y partiendo en todas direcciones, ve un laberinto de montañas, coronadas de plumizas nubes.

La tercera jornada es fatigosa, pero de variedad y paisaje impresionables. Las alturas del Kien-Tao-Kiou están separadas por espantosos abismos y coronadas por grandes masas roqueñas, cuya cima se pierde en la región de las nubes. Las mulas apenas encuentran hueco en que afianzar sus patas. Flotáis al aire, entre cielo y tierra, unido al suelo únicamente por las débiles piernas de vuestra cabalgadura. El espectáculo es grandioso.

En la tarde del tercer día, el cansancio pesa tanto sobre el cerebro como sobre las piernas.

No puede imaginarse contraste mayor que el formado por este cuadro tan grandioso y el habitante que en él encontramos. Allá, bajo unos mezquinos techos, agrupados en miserables villorrios, viven unos hombres minúsculos. Toda partícula de tierra productiva es culti-

vada por estas laboriosas hormigas. Las tierras de labor son escasas, divididas en parcelas y bancales, á fin de vencer las desigualdades del terreno, y es maravilla como esta población se acomoda en tan inhospitalarias montañas. El país tiene otra fuente de riqueza, pero la guarda en sus entrañas: es la hulla. El carbón abunda mucho; mas ¿cómo venderlo sin medios de comunicación?

Lo interesante de las jornadas interminables del viaje es sorprender á los indígenas en lo íntimo de sus costumbres particulares y en el tren ordinario de su monótona existencia. Un viaje de veinticuatro horas no puede hacerse sin algunos altos. Hay que descansar, comer, dormir, y por consiguiente apearse y tomar posada, como si fueseis á pie de París á Beauvais.

Por supuesto que la posada más cómoda de estos parajes es muy inferior á la más incómoda del país más pobre de Europa. El menú ordinario es el mijo, que con ayuda de dos palillos los chinos llevan diestramente de la escudilla á la boca. El manejo de los palillos es demasiado complicado para legos como nosotros, y esta comida de canario recrea poco nuestros estómagos, por lo regular más exigentes. Nuestra sobriedad no puede compararse con la de estos indígenas. En seguida pedís huevos, arroz, legumbres... Pero ¡alto! Habéis llegado y aun traspasado los límites extremos del lujo en el comer. Nuestros exigentes europeos ó no lo creerían ó morirían de vergüenza si venían á ver entre los campesinos de Tcheli hasta qué grado puede simplificarse la comida sin decaer, sin debilitarse, y aun conservándose sano y robusto.

(Continuará.)

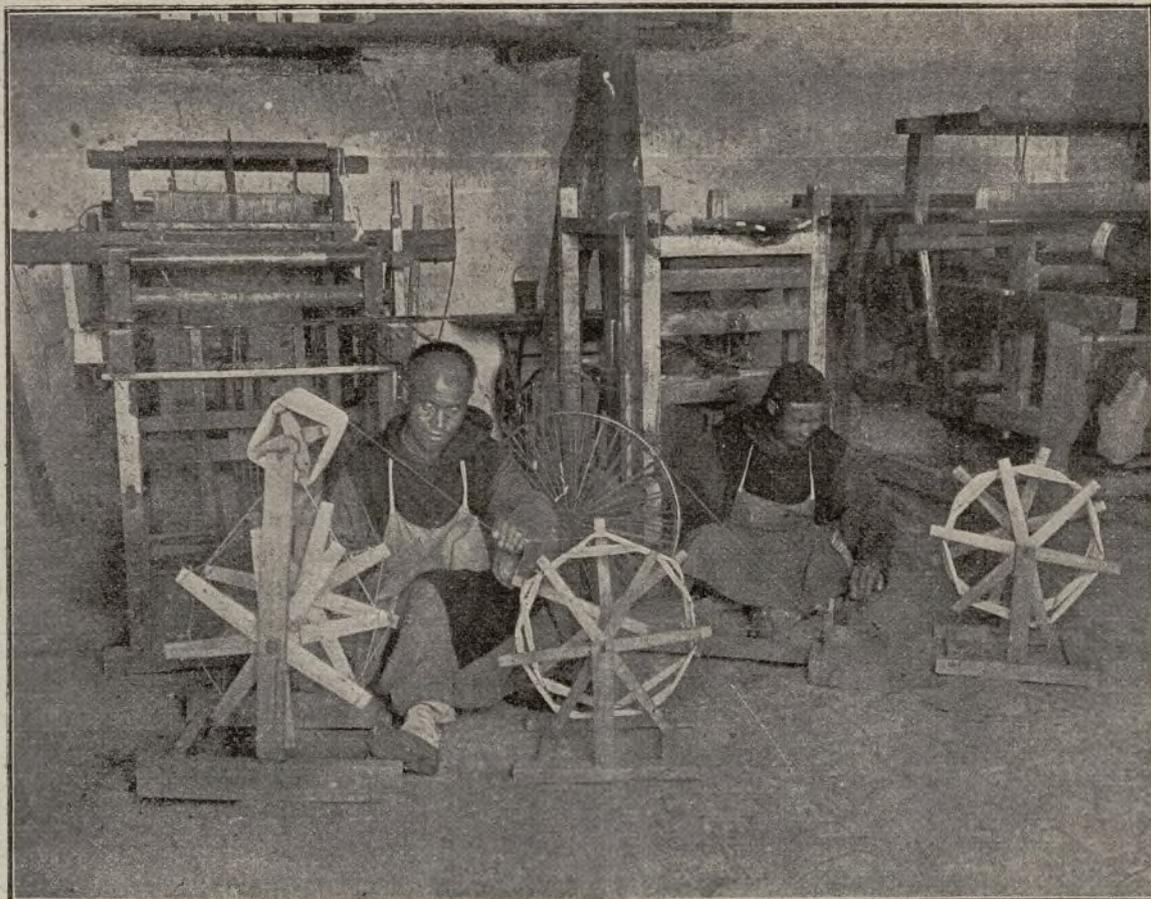
RECUERDOS DE MI MISIÓN

(Continuación)

No cabe duda, sin embargo, que de esta abominable veleidad armenia no dejan los protestantes de sacar partido, aunque poco, ya que en general los que abrazan el Protestantismo, religión muy desacreditada en Armenia, no suelen ser los más ejemplares, de donde siempre queda alguno que encuentra á la nueva secta bastante más cómoda y más tolerante con la vida relajada. Preguntaba en cierta ocasión á un anciano armenio cismático de Ienige-kalé el motivo por qué había dado su nombre al Protestantismo, secta que ni siquiera admite la señal de la cruz (es este el más fuerte argumento que allí usan contra los protestantes), él que era estimado en el país, y era en verdad, hombre probo y justo: «Ya ve, Padre, me respondió, que aquí no se trata de abrazar una religión que odio, pero sí de hacer un negocio como otro cualquiera. Hace algunos días se acercaron mis hijos á esa gente, atraídos por las distribuciones semanales que desde medio año acá están haciendo (era esto á raíz de las matanzas de la Armenia), pero parece que no fueron atendidos para nada, por lo mismo que yo no les acompañé abrazando ó fingiendo abrazar, al igual suyo, el Protestantismo. Me costó mucho el ir allá, es verdad, pero al fin me decidí á ello,

persuadido de que será sólo por espacio de un año, mientras nuestros negocios no se repongan, y aún esto con el firme propósito de tomar venganza de las prácticas de esa secta, *santiguándome mil veces en mi casa* para reponerme de las que me tocaría santiguarme durante sus reuniones del domingo.» Y, sin embargo, debemos añadir que si bien este ignorante anciano, apenas pasado un año volvió, como él decía, á su primitiva religión en compañía de la mayor parte de su familia, uno de sus hijos menores, cuya conducta moral daba ya desde años atrás mucho que hablar en el pueblo, quedó en el Protestantismo siendo uno de los más acérrimos defensores de la nueva secta. Es el residuo que los protestantes buscan en todas estas cuestiones religiosas, y del cual se contentan si se les deja sin competencia.

Veamos ahora la tercera fase de la volubilidad religiosa de los armenios, ó sea, su veleidad en el Catolicismo. No puede negarse que aquí existen también sus apostasías, no siendo raro el caso de que entre las muchas familias que por tal ó cual motivo abrazan al Catolicismo, algunas de ellas vuelvan con facilidad suma al cisma. Pero esto ni es tan frecuente como entre los protestantes, ni acáece con tanta desfachatez, aun-



CHINA.—TEJEDORES DE LA TRAPA CHINA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Limagne. (Pág. 14)

que á simple vista parezca lo contrario, por lo mismo que el Protestantismo presenta el camino de la vida eterna mucho más llano y hasta cómodo; pues siendo el armenio religioso por naturaleza, más fácilmente se adapta á la Religión católica en la que encuentra siempre perfeccionada su propia religión y hasta sus propios usos, que á la secta protestante, en la que por lo general ni encuentra sacramentos ni funciones eclesiásticas, sin lo cual él no acierta á llamarse cristiano. Y aun esta volubilidad misma del armenio en el Catolicismo es exclusivamente de la primera generación, es decir, de los padres de familia, que la mayor parte de las veces vienen al Catolicismo por conveniencia ó egoísmo, y con frecuencia sólo cubren en él las apariencias de católicos. De la segunda generación, es decir, de los que nacen en el Catolicismo son raros, rarísimos, los que se hacen cismáticos, y aún la mayor parte de éstos si lo hacen es sólo temporalmente y hasta conseguir satisfacer sus propias pretensiones y caprichos.

Pasó una vez por el pueblo de Don kalé, donde yo misionaba, el jefe de los católicos de la villa de Zeitún, persona cuyo afecto sincero á nosotros los misioneros católicos y al Catolicismo por demás habíamos podido probar durante los tres meses de destierro sufrido en aquella villa los años 95-96, y habiéndole preguntado con toda libertad y confianza: «Dime, Barrutgui (este era su apellido), ¿es cierto lo que por ahí vengo oyendo con espanto desde hace días de que tú has marchado á los cismáticos, tú nacido en el Catolicismo, su jefe y su sostén en la villa de Zeitún?—Calle, hombre, por Dios, me respondió moviendo la cabeza á un lado y á otro y

con un sonrís de disgusto en los labios; si lo que me ha pasado á mí no pasa á nadie en este mundo. Ya habrás oído, siguió diciendo, como Nazaret-agá, uno de los jefes cismáticos de Zeitún, se hizo católico el año pasado con rabia de todos los cismáticos de la villa. Pues bien, nuestro párroco católico, tal vez para atraerlo más y más y tenerlo seguro entre nosotros, influyó con el *kaimacan* (gobernador) (aunque él diga que no y niegue su intervención en este asunto) á fin de que fuese nombrado presidente de la municipalidad de la villa, quedando yo sin este empleo que, como bien sabes, vengo desempeñándolo desde muchos años atrás. Me sentí ofendido y muy ofendido de esta acción del párroco, y en vez de ir á pedirle explicaciones del hecho á fin de saber á qué atenerme, esperé quieto en mi casa convencido de que el párroco, tarde ó temprano, había de darme una satisfacción. No fué así, empero; el párroco, juzgándose y pregonándose inculpable, no satisfizo mis deseos caprichosos, y ni vino á mi casa ni me llamó á la suya. Así seguimos por espacio de algún tiempo, sin que yo dejase de cumplir con mis deberes de católico. Al fin, discurriendo y meditando con mi mujer la mejor manera de disgustar al párroco y humillarle, decidimos, primero dejar de asistir á la Misa de los domingos, después, no habiendo conseguido nuestro objeto por este camino, acercarnos poco á poco á la iglesia cismática donde aún seguimos, pues por lo visto el párroco es más duro de cabeza que nosotros, y ni aún así ha querido pisar los umbrales de mi casa para aconsejarnos paciencia, para decirnos algo, en suma, y terminar de una vez para siempre con este odioso asunto

que me ha traído á mí y á toda mi familia, á un espantoso atolladero.—Pero, ¿vas á seguir siempre así? —Pues esto es lo que me duele; la verdad es que sufro lo indecible cada día que nos va pasando en el cisma, y, sin embargo, no sé cómo volver atrás, porque el capricho es muy duro. Pero, no te quepa la menor duda; no tardaré mucho en dar con un pretexto honroso para volver al Catolicismo, trayendo conmigo la satisfacción de haber hecho desesperar al párroco, tanto cuanto él me hizo desesperar á mí.»

Por este estilo suele ser la volubilidad religiosa de la segunda generación armenia en el Catolicismo. Sucede á veces, como dejamos dicho, que éste ó aquél se acerca á la iglesia cismática, pero es siempre ó casi siempre *temporalmente* y hasta satisfacer alguna pretensión que cree justa y racional, ó hasta desahogar su resentimiento contra el párroco ó contra los mayores de la parroquia.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

EL OBISPO NEGRO



En el Diciembre de 1900 cuando de regreso de Roma arribó el *Alfonso XIII* al puerto de Río Janeiro, con el fin de hacer provisiones; á los pasajeros, peregrinos argentinos en su mayoría, se nos permitió bajar á tierra y visitar esa ciudad que se disputa con Buenos Aires la hegemonía de Sud América.

Admirábamos el desarrollo comercial que se manifiesta en los grandes almacenes de la Avenida Central, cuando un grupo de personas de toda condición movió nuestra curiosidad; no se trataba de ningún suceso de esos que suspenden el tráfico en las grandes urbes; sin embargo, cuanto más avanzaba se iba engrosando; de pronto veo algo original, digno, en verdad, de la curiosidad producida: un *Obispo negro*, de tez cobriza, de buena estatura, de andar majestuoso y mirada penetrante; vestía de negro, con visos violeta apenas perceptibles en la sotana, y las borlas verde liso en el sombrero semi redondo; al ver el pectoral (de madera, con cadena de metal blanco) se le tomaría por uno de esos peregrinos que, en virtud de promesa, vienen de los Santos Lugares; mas no era así: las gentes conocían aquel apóstol y besaban su anillo, pedían bendiciones y aun los más indiferentes inclinaban la cabeza á su paso ó se descubrían con respeto.

Seguí á la multitud hasta que el Obispo negro, el único ejemplar en dignidad en el mundo, penetró en la

residencia de los Salesianos; allí un hermano acólito me dijo: «Ese Prelado es monseñor Pimenta; hijo de unos indios, fué recogido por una familia católica; educado en la fe, se vió desde niño que en aquel huérfano había un sabio y un santo; siguió la carrera sacerdotal y se ordenó en el Obispado de Belén ó Pará; fué todo de Dios y de los pobres; en su casa (cabaña) nunca perdió una hora; la biblioteca y el Sagrario eran su distracción, hasta que, vacante la Sede de Curytibá, fué propuesto con unánime aplauso, hasta de los mismos protestantes.

Seguí mi viaje; y desempeñando el curato de Junín, en las Pampas americanas, en 1904, llegó á mi noticia el fallecimiento del Obispo negro, del sabio y el santo, víctima del vómito en un cafetal, donde daba Misión aquel héroe con una temperatura de 36 grados á la sombra.

Su necrología se expresaba así: «El santo apóstol ha recorrido á caballo cinco veces la diócesis, de 350 leguas cuadradas; tres veces vendió el carruaje que le regalaron, y su inteligencia iba tan de acuerdo con su virtud, que habló á la perfección siete idiomas, y León XIII le llamaba el segundo Javier, dándole un puesto de honor en la Comisión de estudios de Sagrada Escritura.»

Cuando en viajes sucesivos arribé á Cabo Verde y ví aquellos negros que por tres raciones de arroz trabajan diez horas en la carga de carbón mineral, me hice esta reflexión sobre la borda del trasatlántico: ¿habrá aquí otro obispo negro? M. ALCONCHEL, PBRO.

UN JUICIO ORAL ENTRE LOS PAMUES

Ha llamado poderosamente la atención en esta Costa, la famosa cuestión que acaba de solventarse en el pueblo de Santomé, con intervención de las tribus pamues Isèn, Ieveng y Efunso, y que han dado en llamar por aquí «la cuestión del tigre.»

ANTECEDENTES

El caso de que se trata, tomado de labios de los mismos interesados, es como sigue:

Hallábase de paseo en Egombegombe una mujer casada en Bunche. Trasladóse allí con sus dos hijos pequeños para pasar una temporada con su familia, que lo es la de Nguaza-Bakale.

Cierto día, envió la madre el mayor de sus pequeños al río vecino, y el menor quiso también seguirle; mas cuando se hallaba en la mitad del trayecto, el mayor le mandó volverse á donde su madre estaba. El chico lo hizo así, siguiendo el otro su camino hacia el río. Poco rato después, el niño mayor llegaba, llevando las vasijas de agua, á donde le esperaba su madre. Esta preguntó al punto por su pequeño; á lo cual contestó el niño que lo había enviado á casa. Mas como le llamasen y no apareciese por las cercanías del pueblo, empezaron á buscarle con suma diligencia por aquellos bosques, dando al viento inútiles y desesperantes alaridos. A pesar de tan exquisita diligencia, el niño no apareció. Como por aquellos mismos días había

corrido la noticia de la presencia del tigre por aquellos parajes y que se había comido varios perros, y se veían las pisadas recientes, nadie dudó en afirmar que el niño había sido víctima de las aceradas uñas del azote de la Costa.

Habida en Bunche noticia de lo ocurrido, citáronse ambas partes para reunirse en un pueblo intermedio, á fin de averiguar la verdad del hecho é imponer la correspondiente indemnización.

El día 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, á las cinco de la tarde me besaban la mano en Santomé los cristianos de Bunche y Betimbe, que acababan de llegar con el fin de tener al día siguiente la famosa Junta.

El día 16, á eso de las nueve de la mañana, aparecía por el camino de la Misión, adornado con todas las insignias de autoridad, incluso un formidable revólver, el recientemente nombrado Jefe de la tribu Isèn, el joven D. José Maveña. A su espalda seguíanle en dos largas filas unos treinta hombres que, bien formados con la escopeta al hombro, iban en son de guerra respondiendo á los cantos bélicos que el joven Jefe les iba dirigiendo. En esta aterradora actitud se dirigían al predicho pueblo de Santomé. Mas, habida por los contrarios noticia de su próxima llegada, armáronse los treinta ó más hombres, que en el pueblo había, con sendas escopetas, para recibir convenientemente al ejército vecino. Este entró en el pueblo con grande paz y, sin hablar una palabra, fuéronse sentando cada uno en su lugar respectivo por este orden: D. José Maveña, como Juez, á la entrada del pueblo, en medio de las dos filas de casas de que consta el pueblo: á su izquierda, como consejero mayor, el jefe Nguaza, tío de Maveña. Rodeando el asiento de éste y empezando las dos filas, á su mano derecha é izquierda, los valientes del jefe de Iboto; á continuación, por las dos bandas, seguían los pamues de Bunche y Betimbe; y, por fin, los bujebas que habían sido llamados al juicio, como testigos, y los naturales del pueblo que desempeñaban el mismo papel.

Sentados, como acabamos de insinuar, aquellos sesenta hombres, todos apoyados en sendas escopetas, dióse principio al famoso «juicio.»

EL JUICIO

El primero que rompió el sepulcral silencio en que todos estaban, fué el que podíamos llamar actor, abogado y fiscal al mismo tiempo: el Jefe de Betimbe, el valiente Bumayo. Levántase, sereno el continente, vase al medio de las dos filas y allí, sobre el duro suelo, señala el punto, que servirá como de tribuna. Abre sus labios y derrama un torrente de elocuencia, acompañada de enérgica é insinuante gesticulación. Al segundo párrafo, una estruendosa salva de escopetas, que los de Bunche y Betimbe dispararon unánimes, fué la expresiva señal del agrado con que recibían las palabras de su Jefe. Después de esta breve interrupción, siguió adelante su sereno razonamiento, resultando de él algunas acusaciones contra Nguaza-Bakale, que fueron acogidas por sus contrarios con otra salva de escopetas, mucho más estruendosa: á continuación, para

celebrar la razonada oratoria del Jefe que acaba de hablar, tiraron de las manos las escopetas y se organizó un animado «balele» en el que tomaron parte todos los del juzgado. Terminado éste, se sentaron otra vez por el mismo orden, después de haber cargado las escopetas y empuñando cada uno la suya. En esta actitud se hallaba el juzgado, cuando se levanta de su asiento la tremebunda figura de Nguaza. A paso lento y con el meneo del cuerpo que le distingue, se dirige á la «tribuna» y, después de atusarse sus espantables bigotes, con voz ronca, que parecía salir de la garganta del averno, empieza, no ya una argumentación que decline su culpabilidad, sino un canto semi-épico, en el que confesó, que, estando casado el Jefe Bumayo con la mujer de la cuestión, que antes le había pertenecido á él, aunque él hablase y quisiese justificar su conducta, no sería escuchado. Allá era de ver aquella monstruosa humanidad, vestida de larga levita, á guisa de sobretodo, y terciado el gran paño pamue, á semejanza de la toga de los antiguos tribunos, paseándose por entre las dos filas, lanzando al viento tristes acentos y braceando de una manera arrebatadora. Fué un derroche de expresión y de gesto en el que puso de relieve, el famoso semi-jefe de la Tribu Isèn, las dotes oratorias que le adornan, no estudiadas en los tratados de literatura, sino fruto de los muchos años que lleva en justas y torneos por el estilo del que nos ocupa.

No hay que decir que cada una de las partes de su prolongado canto fué acogido con repetidas salvas de escopetas, con que sus partidarios celebraban sus lúgubres melodías. Pero sobre todo, al terminar su larga tarea, el entusiasmo rayó en delirio; sus parientes se levantaron de sus asientos y corrieron á abrazar al «orador» ó «cantor;» las escopetas repitieron sus ígneos vómitos, y todos comenzaron de nuevo el baile para honrar al héroe de la fiesta.

No obstante, hay que confesar que las demostraciones de aprecio y de admiración, que se tributaron al Jefe Bumayo, fueron mucho más sinceras que las que se tributaron á Nguaza-Bakale. Poco sirvieron á este último sus cantos y los abrazos de sus parientes y toda la fiesta, pues el juicio iba declinando á favor del primero, demostrando los testigos ó árbitros de Betimbe y los Bujebas, que la razón estaba de parte de Bumayo, en lo cual por fin convinieron todos.

SENTENCIA FINAL

Después de tantos gritos, tiros y festejos con que nos estuvieron, no sé si molestando, durante toda la mañana, se formularon contra Nguaza las siguientes imputaciones:

1.^a Que aquella mujer había permanecido en Egom-begombe más tiempo del que debía, por causa de Nguaza.

2.^a Que el Jefe Bumayo había enviado repetidas veces sus consejeros para que la trasladasen á Bitica, y que Nguaza no se la quería dar.

3.^a Que por consiguiente Nguaza había sido causa de la desaparición del niño. Por lo cual y por ser aquella mujer cuñada de Nguaza, se le condenaba á éste, como causante del delito, á pagar por el niño una ca-

bra. Se le obligaba además á devolver cuanto antes la mujer, y á que el niño, hijo de dicha mujer, fuese trasladado al día siguiente á Bunche. Aprobadas por unanimidad estas resoluciones, se dió por terminado el juicio: y levantándose todos de sus asientos, se diri-

gieron á Iboto todos juntos, á fin de que, siendo obsequiados por el Jefe Maveña, se estrechasen más y más los lazos de amistad que existen entre las tribus expresadas.

JORGE ARDOIZ, C. M. F.

LOS KÓRGARES

En la Misión de Mangalore, en el Sud Canará de las Indias Orientales, hay un partido habitado por indios pobrísimos llamados *Kórgares*, que viven muy dispersos y en reducido número, para poder vender los objetos que elaboran con su trabajo; en suma, serán unos 4,500. Tienen por morada unas pequeñas chozas de hojas de palma, que se elevan al pie de los árboles y á un lado del camino público. En estas casuchas no se encuentran más que dos ó tres vasijas de barro, rotas, y unos cuantos pedazos de estera viejos, y son tan miserables, que las dejan sus dueños solas y abiertas cuando salen á trabajar, seguros de que nadie ha de entrar en ellas, ni les ha de robar.

El trabajo de estos indios, consiste en hacer cestas de mimbre, que cortan en los bosques. Toda la mañana la emplean en buscar este material, y apenas lo encuentran en cantidad suficiente, hacen los canastos, y corren de pueblo en pueblo para venderlos, hasta que acosados por el hambre, los dan á cualquier precio, aun que sea vilísimo. Los paganos y los mahometanos, que no les tienen compasión, se los compran de ordinario en una bagatela, de suerte que siempre padecen hambre, y perecerían si la Divina Providencia que alimenta á las aves y viste á las azucenas del campo, no mirase también por la vida de estos infelices.

Los indios de otras razas los desprecian, les tienen asco y no les permiten acercarse á ellos cuando les hablan. Tocan á los animales, pero jamás tocan á un *Kórgar*, por más que aquellos indios de otra raza sean mendigos y se hallen cubiertos de fétidas llagas, y estos otros sean jóvenes sanos y robustos; y hasta que muere el *Kórgar* no les es permitido tocarlo.

¿Y qué razón hay para tanto desprecio y odio?

Ninguna.

Los *Kórgares* son más sanos que los de las otras razas, de tan buena inteligencia como ellos, y de carácter más benigno y dulce. Si los *Kórgares* tienen defectos, los otros indios los tienen mayores; si son desaseados, ellos lo son igualmente y más todavía. Pues ¿por qué tanto desprecio para estos desdichados? El único motivo, ridículo por cierto, es el orgullo tonto de las otras razas y especialmente de los Brahmanes, orgullo que en Europa no se puede comprender. El Brahman mendigo y remendón, mira con altanería y desdén á los mismos ricos de otras castas, fundado en su origen fabuloso de que se jacta y que lo infatúa en extremo.

Los pobres *Kórgares*, abandonados á sí mismos y sin que nadie los proteja, viven aislados, sin auxilio de parte alguna é imposibilitados para mejorar su suerte;

y sin embargo, no odian á las demás clases, ni reniegan de su destino, sino que gimen resignados, aun cuando vean perecer de inedia á los suyos y sientan que se acerca su propia muerte.

Nosotros los misioneros católicos, á pesar de estar tan escasos de recursos, les tenemos compasión, y en nuestro catecumenado hemos admitido á más de sesenta de estos pobrecitos, divididos en quince ó dieciséis familias, ayudándoles á formarse en nuestro terreno las mejores chozas que pudieran desear. Casi todos se han convertido en buenos fieles, y la experiencia nos hace comprender que si tuviésemos recursos para reunirlos á todos en una población, se formaría con ellos una excelente cristiandad...

Si pidiéramos al Gobierno inglés una porción de terreno inculto para allí reunirlos á todos en una colonia, no hay duda que nos la regalaría. Pero es evidente que el solo terreno no basta: tendríamos que construir para ellos unas habitaciones menos infelices, comprarles instrumentos de labranza, abrirles pozos, darles algunos animales, y además vestirlos con más decencia y proveerlos de arroz, hasta que la tierra les comenzara á dar algún alimento.

Y nada decimos de la iglesita, y de una cabaña para el misionero, y de una escuela, etc., etc. Pero sin recursos, ¿cómo podría hacerse todo esto?...

Entretanto los infelices trabajan hasta enfermar por conseguir un puñado de arroz, que apenas les basta para no morir de hambre y para entretener una vida endeble en sus pequeñuelos, dándoles tan sólo el agua en que ha hervido ese arroz. Cuando llegan á la choza, á las diez y á las once de la noche, mientras cuecen dicho alimento escuchan con sumisión y respeto nuestra lectura ó sermoncito de catecismo, hasta que no pudiendo más nos dicen: «la debilidad de que desfallecemos ya no nos deja oír otras palabras,» lo cual nos obliga por compasión á dejarlos descansar...

Y no es el solo arroz lo que les hace falta para no morir; pues tienen que andar leguas y leguas, aun para conseguir un poco de agua, que les niegan los paganos y turcos: y hasta los mismos neófitos cristianos de otras castas, no los dejan acercarse á sus pozos. Cuando más, por un exceso de compasión, les suelen dar una muy escasa cantidad de agua, que vierten de los cántaros suyos á los más pequeños de estos desgraciados.

Después de esto, los paganos no les permiten vestir ni siquiera andrajos de *tela*, dando por razón evidente que el *Kórgar* es indigno de vestir tejidos de ninguna clase, aunque sean suyos: y como el Gobierno inglés les prohíbe entrar en las ciudades desnudos ó medio desnudos, que es como andan en despoblado á causa de su extrema indigencia, se ven obligados estos infelices

á cubrirse con hojas y ramas. El pueblo infiel los obliga á veces á llevar consigo una pequeña vasija en donde escupir, pues no tolera que lo hagan en el suelo.

Amados lectores, enviadnos una pequeña moneda con la que podamos cubrir algo más la desnudez de estos infelices... con la que se conserve algo más su vida y

la de sus pequeñuelos... hasta que reciban el santo bautismo y puedan siquiera obtener en la otra vida la verdadera felicidad, ya que en ésta los pobrecitos son tan desdichados...

P. ALEJANDRO GAMISA, S. J.,
Misionero de Mangalore.

MIAO, EL NIÑO BONZO

(LEYENDA CHINA DE NOCHE BUENA)

I. — La torre de la pagoda



En las inmediaciones de Ts'i-pao, villa de la provincia china de Kiang-su (Kiangnan), se elevaba en la cumbre de un collado una antiquísima y carcomida torre de pagoda.

La parte baja servía de templo de los ídolos, y los dos pequeños pisos superpuestos, de raras y características techumbres, eran morada de los dos custodios del templo. Allí habitaba el viejo bonzo Mang y su criado y portero Tsi, hombrecillo flaco y desdentado. Ambos vivían de las limosnas que los peregrinos

budistas echaban en el cepillo de las ofrendas, y del producto de los pebetes que los paganos acostumbran quemar ante las imágenes de sus ídolos.

Mas los peregrinos que acudían en romería á la apartada pagoda iban siendo cada vez menos, y las limosnas fluían cada vez más escasas. Mang pensó, pues, en un medio de procurarse nuevas fuentes de ganancia que le rindiesen los sapekes necesarios para el arroz de cada día y para su pipita de opio. Al efecto, compró á una Compañía ambulante de cómicos, y mediante algunos pesos duros, tres muchachitos, con el fin de educarlos para bonzos y luego enviarlos á mendigar.

Costumbre es ésta común en los monasterios de bonzos de la China. Van renovando hoy en día su juventud casi exclusivamente con pobres niños robados ó comprados; porque los bonzos viven en el desprecio, y casi ningún hombre decente y de buena familia se presta de su voluntad á ingresar entre ellos.

El muchacho mayor, llamado Miao, era de edad de diez años; el segundo, Pao, de ocho; y el más pequeño, Ti, de seis. Para los pobres niños, huérfanos y desterrados, empezó entonces una dura y triste vida. El atrabiliario viejo, incorregible fumador de opio, empezó por encerrarlos algunas semanas en una pequeña celda de lo alto de la torre, para hacerlos mansos y dóciles á fuerza de hambre y palos, como lo consiguió á las mil maravillas.

Después que los jóvenes pacientes quedaron casi reducidos á esqueletos, sin poder ya apenas dar un paso, dióles libertad el bonzo, y los aplicó á diversos oficios. El pequeño Ti debía estar continuamente á su lado, y prepararle la pipa de opio. Miao y Pao habían de ayudar al desdentado portero en el cuidado de la pagoda, hacer pebetes con desperdicios de sándalo aromático, y

revestir de cera amarilla las velitas de sebo que ardían ante los Pusas (ó imágenes de los ídolos). En pago, se les daba dos veces al día una escudilla de arroz. Pero más aún menudeaban golpes y empellones, pues los dos ásperos y casi siempre mal humorados viejos eran difíciles de contentar.

¡Cuántas veces se juntaban los tres niños en el estrecho aposentillo alto de la torre, y, asomados á la enrejada ventana, miraban anhelosos á sus plantas el anchuroso valle por cuyo fondo se deslizaba el Wangpu al través de hermosos campos y praderas y delante de aldeas y ciudades; y envidiaban los barcos que pasaban á lo lejos con las velas henchidas, y los pajariños que libres y contentos zumbaban al rededor de la torre!

Varias veces había propuesto Miao á sus jóvenes compañeros de sufrimiento una tentativa de evasión. Pero los pobres y escualidos niños temblaban ante la sola idea de ser capturados en su fuga y verse luego sometidos á peor tratamiento que antes.

Miao resolvió, pues, proceder por cuenta propia. Recogió cuantos cabos y cordeles pudo hallar á mano en la pagoda y cercanías de la torre, é hizo con ellos una larga sogá. En una oscura noche, atóla fuertemente á la jamba de la ventana, abrió la quebradiza reja, y empezó á descollarse con toda precaución. Pero ¡oh desgracia! había calculado mal la altura de la torre, y cuando llegó al extremo de la cuerda, se halló todavía pendiente sobre el suelo á una distancia dos veces mayor que la estatura de un hombre. Animoso se arrojó á salvarla de un temerario salto, pero cayó tan desdichadamente, que se dislocó un pie y quedó imposibilitado para continuar su fuga. Arrastróse hacia un matorral para ocultarse en él, pero no pudo librarse de que á la mañana siguiente le encontrara el viejo Mang, quien lleno de enojo, después de azotarle casi á punto de muerte, le encerró en un oscuro calabozo, y mandó al herrero le pusiese dos aros de hierro en los tobillos, bien trabados con una cadena. Era ésta tan corta, que el pobre niño apenas podía dar un paso. Tal situación duró algunos meses, hasta que el viejo bonzo le creyó curado de todo atrevimiento juvenil, y le dejó de nuevo libre. Pero aún le quedaron largo tiempo visibles en los tobillos los rojos cardenales. Sin resistencia soportaron ya su suerte los infelices jóvenes. Lo único que el bonzo les enseñaba eran algunas largas oraciones budistas, que debían canturrear dos veces al día ante los horribles Pusas, y que terminaban siempre repitiendo la indescifrable sentencia: *Om mani padme hum.*—¡Om! ¡Perla en la flor del loto! ¡Hum!

II. — El joven novicio

Era una noche, dos años más tarde. De la entornada puerta de la pagoda salía, penetrando hasta la médula de los huesos, un infantil grito de dolor, ahogado tan sólo á medias por el ronco tañido de un enorme batintín (1). Miremos adentro. La pagoda está brillantemente iluminada. Los abigarrados faroles chinos suspendidos del techo, lanzan una oscilante claridad por los sombríos ámbitos y en los mascarones de los ídolos pintados de oro y colocados en sus nichos delante del «santuario.» En la plataforma de la escalera, delante del Pusa mayor, está sentado en un bajo escabel el viejo bonzo Mang, cubierto con una raída y muy usada capa de ceremonias, cual la suelen llevar en ciertas ocasiones los monjes budistas.

A derecha é izquierda suya están de pie dos bonzos forasteros con velas de sebo encendidas. Delante, se arrodilla inclinado profundamente sobre la grada un joven de doce años, vestido con un hábito gris de bonzo y con el cráneo por completo afeitado. El viejo tiene apretada entre sus rodillas la cabeza del muchacho mientras sus ayudantes sujetan fuertemente con la mano ambos brazos del mismo.

Era el desdichado Miao, que en esta noche iba á ser «consagrado» shami ó novicio de los bonzos. La ceremonia capital consistía en que las tres promesas á que provisionalmente debía de sujetarse, es á saber, no matar cosa viviente, no mentir y no robar, se le marcaban á fuego en el cráneo para perpetua memoria.

Con este objeto, entre el murmullo de oraciones budistas, fijaba el bonzo en tres lugares de la bien rasurada cabeza pequeñas bolitas de resina, que encendidas con un hierro candente, seguían quemándose hasta en la piel, produciendo heridas profundas y en extremo dolorosas.

Las bolitas significaban los votos que el shami debía hacer, grabándolos en lo más profundo de su alma.

«No robar, no robar, no robar,» murmuraba el bonzo poniendo fuego á la tercera bolita. El pobre muchacho se retorció de dolor, y espantados á sus gritos los pájaros y murciélagos que anidaban en la pagoda, se levantaban y revoloteaban temerosos por todas partes. Mientras tanto, el viejo Tsi, el contrahecho portero, sacudía con toda su fuerza el gran batintín para ahogar con su sonido los clamores.

Un repugnante olor de carne quemada mezclábase al almibarado perfume de los pebetes que humeaban ante los Pusas. En la grada inferior estaban agazapados Pao y Ti, y desde allí contemplaban estremecidos la cruel ceremonia. Medio desmayado Miao, á quien contra toda ley se había hecho shami mucho antes de la edad prescrita (20 años), fué retirado en brazos del viejo Tsi, mientras Mang y los bonzos forasteros convidados por él para la fiesta, fueron á regalarse en un solemne banquete.

Apenas curadas las heridas de la cabeza, equipó Mang al reciente novicio para enviarle á mendigar. Vistióle un viejo y amarillento hábito de bonzo, fijóle á las espaldas un enorme cartel que en enrevesados ca-

(1) Disco metálico, redondo y delgado, que cuelga de un marco vertical, y se toca con un mazo de madera.



CHINA.—DON MARIO BERNARDO FAVRE, PRIMER ABAD DE LA TRAPA CHINA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN. (Pág. 14).

racteres chinos demandaba al pueblo limosna para la pagoda, y colgóle una cestilla de mendigo al brazo y un «mo-u» pintado de rojo al rededor del cuello.

El «mo-u» es una vasija de madera ó de barro en forma de pera, con una larga y angosta hendidura. Llévanla ante el pecho los bonzos mendicantes, y al herirla con un mazo de madera, la hacen producir un ronco sonido, que tiene por objeto excitar la atención de las gentes. Así, pues, andaba Miao día tras día, al principio acompañado del viejo bonzo, después solo desde la madrugada hasta la noche, silencioso, con la cabeza baja, según exige la regla, mendigando por calles y callejuelas, por aldeas y caseríos.

Si al llegar la noche aportaba á casa sapekes y arroz á satisfacción de su maestro, recibía él también su escudilla para cenar. Si había resultado escasa la ganancia, sólo recibía palos, y hambriento se le enviaba á dormir. ¡Pobre Miao!

III. — El «Barba-blanca»

Abajo en el valle, casi al pie del collado de la pagoda y aparte de la población, se alzaba rodeado de alto muro un grupo de modestos pero limpios edificios, y una capilla con su torrecita, coronada por la cruz. Era la casa-misión católica de Ts'i-pao. Allí habitaba hacía casi 30 años el P. Gui-ko-lao (así pronuncian los chinos el nombre de Nicolás), anciano vigoroso todavía, de plateada barba que le llegaba casi á la cintura y le daba el aspecto de un venerable patriarca.

El había fundado la pequeña comunidad y bautizado con su propia mano la mayor parte de sus cristianos. Su afabilidad para con todo el mundo y sus obras de abnegación y sacrificio le habían ganado el corazón de todos, y ni aun los paganos podían rehusar su respeto y estimación al «Barba-blanca,» nombre con que el viejo Shen-fu (Padre) era entre ellos conocido.

A la verdad, no tenía en el mundo el P. Gni-ko-lao más que un solo enemigo. Este era Mang, el solitario bonzo del cerro de la pagoda. Mang odiaba al «diablo europeo» con toda la rabia de un obstinado sacerdote de los ídolos, pues á él más que á nadie atribuía el que su pagoda estuviera casi siempre desierta, y que las ricas ofrendas de otros tiempos fueran haciéndose ahora tan escasas.

Fuera de las tapias que cercaban la Misión, había un bonito jardín con bien cuidados tablares de flores y hortalizas, de arbustos y árboles frutales. A su sombra solía el P. Gni-ko-lao rezar su breviario.

Paseábase un día rezando á lo largo del seto del jardín. Al otro lado del seto pasaba lindando la vereda que conducía á lo alto del collado de la pagoda.

De pronto, divisó tras lo alto del valladar la pelada cabeza del viejo bonzo, que junto con su discípulo volvía á casa después de una cuestación. El viejo llevaba un gran cesto de carga á las espaldas, mientras que Miao le seguía jadeante con su cestilla de brazo.

«¡Zin zing!» exclamó el Padre, llamando afablemente á entrambos y saludándolos según costumbre china con adelantar los puños. Cortesía para con todos es en China la primera ley. El bonzo contestó, pues, al saludo, con agrídulce ademán.

«¿Qué tal? prosiguió el Padre volviéndose sonriente hacia el joven bonzo, ¿os ha resultado bien la colecta?»

«Sí, Da-shen (gran Señor), respondió con viveza el pequeño, golpeando su cesta; esta vez hemos sido muy afortunados y llevamos á casa muchos sapekés.»

Apenas había soltado esta palabra, volviéndose el bonzo y descargó tal puñada sobre la cabeza del muchacho, que casi le hizo rodar por el suelo. «Diablo trasquilado, le decía con voz ronca, ¿cuándo vas á dejar de mentir á todo el mundo? ¿Dónde están, escuercillo, esos muchos sapekés?» Al pobre Miao se le anegaban en lágrimas los ojos. Reparó demasiado tarde en que había cometido una imprudencia que le vendía sin remedio. «Aguarda, prosiguió el airado viejo, dando todavía al chico algunos coscorrónes, á ver si te quito el vicio de mentir, villanchón, sucio, miserable cachorro.» Y al compás de los golpes, llovía toda una letanía de apodosos sobre el infeliz Miao. Luego volviéndose el bonzo al Padre Gni-ko-lao, y dijo con voz melosa: «Hay que castigar á la juventud cuando falta á la verdad. Nuestra visita al distrito de Sonkang no ha resultado próspera; la cosecha de arroz ha sido mala, y el pueblo no tiene nada para dar una limosna á los fieles siervos de Buda. Atravesamos tiempos muy duros. Pero en cambio hemos tenido la suerte de recoger gran cantidad de papeles viejos, y substraer de la profanación innumerables escritos.» Juntamente señalaba con la larguísima uña de su pulgar el cesto que llevaba á las espaldas repleto hasta el borde de papeles viejos. «El respeto á los escritos, añadió lleno de unción el bonzo, nos ha sido recomendado por los santos de la antigüedad.» En efecto, tienen los chinos gran veneración á todo papel escrito ó impreso. Este no puede aplicarse en modo alguno á cualquiera de los usos cotidianos, y aun á los niños se les inculca que jamás osen pisarlo ni mancharlo. A fin de preservar de la profanación estas reliquias del noble arte de escribir, suelen con frecuencia los bonzos arma-

dos de cesta y garabato, hacer largas peregrinaciones para recoger los pedazos de papel que hallen tirados por todas las cercanías. Llévanlos luego á la pagoda, y allí los queman delante de los Pusas ó ante las efigies de los antepasados.

El P. Gni-ko-lao no pudo reprimir una ligera sonrisa. «Os deseo un feliz regreso,» dijo haciéndoles el saludo de despedida. Maestro y discípulo se inclinaron silenciosos, y empezaron á subir á buen paso la colina. El misionero los siguió con la vista, lleno de tristeza.

«Pobre muchacho, decía para sí, qué inocente parece todavía; ¡lástima que esa criatura se pierda en cuerpo y alma en la guarida del viejo fumador de opio!» Y se puso á rogar interiormente al Angel de la guarda del niño, que velase por él y se lo trajese, si ésta era la voluntad de Dios.

Entretanto, el viejo bonzo formulaba entre sus dientes mellados toda suerte de lindos juramentos y maldiciones. «¡Vaya con el maldito diablo europeo, tunante Barba-blanca! ¡Espérate! ¡Por el santo diente de Buda, que algún día te voy á sacar los ojos y á arrancarte de la boca esa mentirosa lengua! ¡Já, já, já!»

IV.—El Nacimiento de Noche buena

Dos días faltaban aún para la fiesta de Navidad, la más querida y simpática de las fiestas entre los cristianos chinos.

El P. Gni-ko-lao estaba en la pequeña pero linda capilla de su Misión, ocupado con todo ahinco en erigir el Nacimiento, orgullo y alegría de sus cristianos y especialmente de los niños.

Por cierto que el viejo misionero se arreglaba también á maravilla para construir Belenes. Con lonas almidonadas, representaba un artístico grupo de rocas, que recubiertas de ásperos granillos de cuarzo y revestidas de fino musgo, parecían ni más ni menos que rocas naturales. Y no digamos nada de las ovejitas sin cuento que ya pacían aisladas, ya descansaban en grupos por la pradera; ni de los pastores que apoyados en sus cayados andaban en medio de ellas vestidos de trajes chinos, con sus largas trenzas y todo. ¡Qué delicia!

Pues luego, la gruta con su saliente techumbre de juncos y su roja estrella de vidrio en el fondo, que iluminada por una lamparilla derramaba su misteriosa luz suave y rojiza sobre el sagrado grupo que ocupaba el primer término.

Y este año estaba especialmente hermoso el Nacimiento. Desde su convento del Sur de Francia habían enviado las monjas un preciosísimo Niñito de cera fina, con una Virgen y un San José, y hasta unos colgantes angelitos de ojos azules y mejillas de rosa. «¡Ah! murmuraba con infantil candor el piadoso anciano, ¡qué explosión de júbilo va á haber, cuando mis chinos vean tanta magnificencia!»

Con radiantes ojos contempló de nuevo el buen Padre su obra. En verdad que le había salido hermosa sobre cuanto podía esperarse. En seguida cubrióla cuidadosamente con una blanca cortina. A nadie, ni siquiera al viejo criado de la casa Ya-tang (Adán) le era lícito ver antes de tiempo aquella obra de arte. Así la sorpresa sería mayor, cuando en la Noche-Buena se descubriese

de repente el nuevo Nacimiento en todo su esplendor ante la asombrada cristiandad.

Mientras el Padre estaba así ocupado, se abrió calladamente el portal de la capilla y apareció en la puerta medio abierta un niño chino en hábito gris de bonzo, con una cesta al brazo, mirando entre tímido y asombrado con sus ojitos oblicuos muy abiertos hacia el interior de aquella casita de Dios.

Era Miao. Desde aquel encuentro junto á la cerca del jardín, la imagen del «bonzo cristiano» de la barba blanca, que le había hablado tan afablemente, no se había apartado un instante de su imaginación. ¿Sería de veras cierto lo que acerca del «Yang-Kwetse» («diablo europeo,» apodo acostumbrado de los chinos) solía el malvado bonzo contarle á él y á sus pequeños compañeros de infortunio?

«Guardaos del Barba-blanca, les decía. Es un hechicero; arranca los ojos á los niños pequeños para hacer con ellos medicinas, y pica su carne en pedacitos para cebar con ella culebras venenosas que tiene encajadas en una caja.»

«No, se decía Miao, estas cosas no pueden ser verdad. El Barba-blanca es bueno y cariñoso, y no hace mal á nadie.» Y siempre que en sus postulaciones pasaba el pequeño bonzo delante de la casa-misión, asomábase á ella lleno de curiosidad, por si lograba ver al viejo Shen-fu (Padre), nombre con que había oído llamarle á los cristianos. Y cada vez que lo conseguía, el «Barba-blanca» le saludaba afablemente y le decía algunas palabras de cariño.

De mil amores hubiera también visto alguna vez Miao la «pagoda» de los cristianos, pero no se había atrevido á ello por temor de su terrible maestro. Hoy por fin cobró ánimos, y abrió tímidamente la puerta de la capilla. Como fascinado de admiración ante tan desusado espectáculo, quedó el niño parado á la entrada.

La fría corriente de aire hizo al P. Gni-ko-lao volver la cabeza, y apenas hubo visto al joven bonzo, salió luego á su encuentro. Asustado Miao quiso alejarse. Mas el Padre diciéndole: «Quédate, hijo mío,» le echó cariñosamente la mano por los hombros.

«¿Qué te parece la pagoda cristiana?—¡Hen-hau, hen-hau! (¡Magnífica, magnífica!) balbuceó el niño.—Ven, te lo voy á enseñar todo más despacio.» Siguióle el muchacho tímidamente y no acababa nunca de admirar todas y cada una de las cosas que veía. Más que otra alguna, pareció impresionarle el crucifijo que de tamaño casi natural descollaba sobre el altar mayor.

¡Y qué hermosas y conmovedoras eran las explicaciones que el Padre le iba haciendo! Pues cuando éste llegó á descorrer la cortina del Nacimiento y encendió la lamparilla, y la roja estrella bañó en su luz suave el preciosísimo grupo, entonces entusiasmado el niño bonzo batió una y otra vez sus flacas manecitas y exclamó: «¡Ai-ya! ¡Ai-ya!» Esta es la exclamación china de admiración y alegría.

«Oh, el niño, el niño, ¿quién es ese hermoso niño?» Por toda respuesta, le cantó en voz baja el misionero la estrofa de una canción china de Navidad:

«De la altura de los cielos
Ha bajado el Niño-Dios,
Para salvar á los hombres
Con su gracia y su perdón.»

«Sí, prosiguió el Padre, á todos, á todos quiere salvar y hacer felices, aun á Miao. Y Miao había de ser felicísimo si llegase á conocer al Niño. ¿Querías tú aprender á conocerle?»

«Oh, sí, sí, de buena gana,» contestó el muchacho levantando hacia el misionero en ademán de súplica sus ojos aún inocentes, que como dardos traspasaban el corazón. El anciano acarició compadecido aquellas pálidas mejillas que tanta miseria y penuria revelaban. «Miao tiene hambre, ¿no es verdad? le dijo con dulzura. Ven, vamos á ver si encontramos algo que comer.» Y llevándole á su cuarto, donde estaba preparada su frugal cena, alargó cariñosamente al hambriento niño los mejores pedazos. Con verdadera avidez se lanzaba á ellos el joven bonzo. Bien se echaba de ver que hacía mucho tiempo no había comido á gusto y que aquella frugal alimentación era para él un banquete.

El misionero le preguntó entonces más por menudo sobre su modo de vivir y sobre sus compañeritos de sufrimiento que quedaban allá arriba en la torre de la pagoda. A fin de que á éstos también les tocara algo, dióle para ellos el Padre algunas golosinas y dulces, que Miao escondió cuidadosamente bajo su ropita de bonzo.

Pero ya debía apresurarse, si no quería una vez más recibir inectivas y azotes en lugar de cena. El Padre le dió calladamente su bendición por despedida, y tornó á decir otra palabrita al oído al Angel de la guarda de aquel niño todavía puro é inocente.

Miao salió como quien sale de la gloria. ¡Qué bueno había sido con él el «Barba-blanca!» Y comparaba en su pensamiento la clara, limpia y hermosa capilla, con la obscura y sucia pagoda y sus abominables ídolos; y el caritativo Shen-fu, con el feo, malo y cruel bonzo. Con el corazón apenado subió el pobrecito la colina. ¡Cuán de mejor gana se hubiera quedado allá abajo con el «Barba-blanca!»

(Continuará.)

(De *El Expósito de Hongkong*.)

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Gijón.—Señora Viuda de D. José González Acebal.	9'50	Ptas.
San Sebastián.—D. Ignacio de Echevarría.	25	»

Para las Misiones de la China

Adraill.—Una familia católica.	18	Ptas.
--	----	-------

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—D. ^a Mercedes Rodés, Vda. de Coll.	50	Ptas.
Olot.—D. B. P.	25	»
Orihuela.—D. Andrés Die Pescetto.	100	»
Herramelluri.—D. ^a María Patrocinio Arribas.	5	»
» D. Ambrosio Arribas.	3	»
» Srta. Loreto Ambrosio.	1	»
Santa Agueda — Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.	0'45	»
Valencia.—D. Vicente Sanz Bremon.	8	»
Elgoibar.—D. Pedro J. Alcorta.	1	»
Rianjo —Rdo. D. Antonio Carracedo, párroco.	10	»

Tipografía Católica, Pina, 5, Barcelona. — 1911